F2313
.09

MEL-ILLAMEROS-ESTUDI
PRTN TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2313
.09

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elllaneroestudio00oval

EL LLANERO

MS F2313 .9 4

V. M. OVALLES

EL LLANERO

ESTUDIO SOBRE SU VIDA,
SUS COSTUMBRES, SU CARACTER Y SU POESIA

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO DE BOLET PERAZA
É ILUSTRADO CON VARIOS DIBUJOS DEL NATURAL POR
CÉSAR PRIETO

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1905

TRABAJOS DEL AUTOR

—

Colaboración científica y literaria en varios periódicos nacionales y extranjeros.

A la memoria de mi hijo Alcides—1896 y 1897.—(Dos folletos).

El Pbro. Juan Santiago Guasco.—1896.

Caprichos literarios—(Tipos populares de La Pascua).—1900.

Una polémica—1900.

Notas sobre la Imprenta y el Periodismo en el Oriente del Guárico—1901.

Ratos de ocio.—(Colección de artículos literarios).—1902.

Instantáneas de la Guerra—1903.

EN PREPARACIÓN:

Tipos de la tierruca.

DEDICATORIA

—

A la cara memoria de mi pequeño ALCIDES, *nacido y muerto en el Llano; en esa tierra donde todo es bello, el sol ardiente, el hombre libre, y la patria grande!*

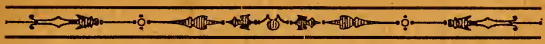
V. M. Ovalles.

Caracas: 27 de diciembre de 1904.

Esta obra es propiedad del autor.

El llanero es fuerte y valiente; audaz y al propio tiempo precavido. Su perpetua riña con el toro bravío, sus lances frecuentes con el tigre carnicero, su constante ejercicio sobre el caballo, le han dado músculos de atleta y corazón de héroe. Pero en la cruda acepción de la palabra, no es un salvaje. Podría decirse, por el contrario, que es un docto de la gran Academia, en donde se gradúan: de diplomático el zorro, de previsor el ciervo, de hábil capitán el toro, de diestro cirujano el cuervo, de insignes músicos é inspirados poetas el turpial, el arrendajo, y toda la tropa lírica que canta alegres himnos á las auroras y dulces canciones de amor á sus hembras.

N. Bolet Peraza.



EL LLANERO

—

Un grato deber me llama hoy á presentar este libro ante el público. Su autor, mi ilustrado compatriota V. M. Ovalles, imaginó el escribirlo en cierta ocasión en que leía unos párrafos míos consagrados á describir, muy de paso, la vida, las costumbres y el carácter del hijo de nuestras llanuras; de ese tipo original y bizarro que reclamando venía más formal estudio. Varios escritores y bardos le habíamos saludado con simpatía y entusiasmo,

ora que su gallarda figura de Centauro cruzase por el horizonte de la pampa ondeando la soga ó agitando la lanza, ora que en las treguas del trabajo ó del pelear, cantase sus proezas y amores, con esa su poesía sencilla, pintoresca y espontánea, que por fuente de inspiración tiene: el sol ardiente, el aire voluptuoso, el espacio inmenso: amor y libertad por todas partes.

Habíamos, pues, trazado esbozos y hasta tomado INSTANTÁNEAS *del llanero; faltaba, empero, hacerle su libro. Hoy aparece el libro; y quien lo escribe acude á mí recordándome el padrinazgo á que virtualmente quedé obligado inspirando al autor para que lo engendrase.*

Y era, justamente Ovalles el hombre para tal empresa, porque además de poseer, como posee, el necesario ingenio, el sentido de la observación y el donaire que para monografías de este linaje se requieren, vivió él por varios años en la región de los llanos en contacto diario con aquellos caracteres singulares,

en contemplación perenne de aquella naturaleza en todo grandiosa. El monte gigante, con su altiva cumbre mirando al cielo, inspira ideas de dignificación si quien lo mira sabe ascender con él en espíritu; pero si acontece que el espectador es incapaz de alientos para los altos vuelos, lo que el monte altivo le habrá de inspirar será tan sólo la idea de la ajena superioridad y la de la inferioridad é impotencia propias. La llanura amplísima, por el contrario, con su nivel sin tropiezos, en donde sin ellos corren también los vientos, corren los caballos, corren los pensamientos, todos ellos indómitos, todos supremos, inspira al hombre la noción de una libertad arrogante, de una igualdad soberbia, cual es siempre soberbio el desierto, imagen del extenso nivelado que las revoluciones de ideas dejan á su paso. Ni montañas ni señores. Eso dice el llano á sus criaturas. Y quienes tales voces oyen, al aliento del sol, al arrullo de los vientos libres, al cantar de todas las cosas que hacen poesía en su derredor, tienen que ser

románticamente rebeldes, ardientemente amorosos, heroicamente bravos.

El autor de este libro fue al Llano á estudiar al LLANERO; *y cuando tuvo bien seguro el trazo del tipo en las páginas de su cartera, no se contentó con el fruto de la propia observación para darle cuerpo y vida, sino que apeló á la colaboración de observadores anteriores á él, en cuyo trato le mantiene su conocida erudición y su gusto por todo aquéllo que es de patrio molde y razón de ser tiene entre lo útil y trascendente de nuestras letras nacionales.*

Así se ve, que Ovalles, justo antes que nada, y modesto por recomendable añadidura, cita nombres, copia párrafos, reproduce rasgos, que otros trazaron previamente; de donde resulta el libro suyo, doblemente interesante, pues que las generaciones actuales y las que luego han de venir á leerle, encontrarán en esas páginas el monumento por él levantado, y además, recogidos con amor y culto los ma-

teriales que esparcidos estaban; la mayor parte de ellos herencia de obreros ilustres que ya no existen.

Eso, en lo que respecta y toca al LLANO ANTIGUO; *pues en antiguo y moderno divide el autor la fisiología de su estudio.*

En lo que al llano moderno se refiere, toda la observación que en dicha parte resalta, es de la propia y exclusiva labor suya. Allí se ve el rastro del que ha aspirado el medio ambiente, del que ha vivido la llanura, si así puede decirse sin violentar el idioma. Las anécdotas, los rasgos íntimos del llanero de hoy, referidos por el autor de este libro, no saben á contadas de oídas, sino que se gustan como si se oyesen originales, ó cuando más, repetidas por el más leal de cuantos dicen lo que se les confía: el fonógrafo prodigioso.

Leyendo el libro de Ovalles se instruyen los lectores, si de lo que en él se trata ignoraban; gozan los que algo conocen respecto al hijo y orgullo de la sabana; y unos y otros

concluyen por admirar ciertos relieves de ese original carácter, llegando á comprender como verdad que á leyenda se parece, todo lo que nuestra Historia cuenta de las legiones aquéllas, compuestas de torbellinos irresistibles, que no eran otra cosa que un corazón, una lanza y un caballo.

Por todas estas razones, yo me complazco en declarar que considero este libro como un trabajo digno del favor y del aplauso públicos, así en Venezuela como fuéra de ella; en dondequiera que haya cundido el gusto por las labores de este género, llevadas á cabo con lucimiento de la observación y con las galas del arte.

En la última parte de este libro, al consignar su autor los modos primitivos con que la riqueza pecuaria es explotada en Venezuela, insinúa las mejoras y adelantos modernos con que se podría llevar á un desarrollo tal, que nos diese puésto entre los países que del primer artículo del sustento abastecen al resto

del mundo. Esa sola parte de la obra, aun cuando las otras de que consta no interesaran y agradaran, como agradan é interesan, sería suficiente atractivo para leer el libro, releerlo y tornar á fojearlo de cuando en cuando, meditando sobre sus observaciones y sugestiones patrióticas.

N. Bolet Peraza.

Nueva York: diciembre de 1904.

INTRODUCCION

—

SUMARIO.—Escritores y poetas.—Bolet Peraza.—Las tres zonas.—Cristóbal Rodríguez.—La gran zona de los pastos.—Dos épocas.

—

Entre los escritores que han tratado de este curioso tipo, en su calidad de peón, el más original y saliente de la sociedad venezolana, recordamos en primer término á Baralt, nuestro clásico historiador; á Codazzi, el ilustre geógrafo nacional; al colombiano

J. M. Samper, y á Miguel Tejera, quienes hicieron atinadas observaciones sobre la vida y carácter del *Llanero*.

También al General Páez, autoridad en esta materia.

Luego á Daniel Mendoza, que nos dejó en «*Palmarote*» una fotografía del hijo de la pampa apureña; á Bolet Peraza, que en animada y graciosa silueta nos presenta al habitante de los llanos de Barcelona; y á Delfín A. Aguilera, José A. Díaz, Eduardo Blanco, Francisco Tosta García, Domingo B. Castillo, Juan de Dios Uribe (colombiano), Ismael Pereira Alvarez, Eloy G. González, Rafael Cabrera Malo, Carlos González Bona, Lucio Rodríguez, Manuel Flores Cabrera, Filiberto Rodríguez, Tomás Caivano (italiano), la baronesa de Wilson (española), y á Trino Celis Ríos que escribió un hermoso trabajo sobre la índole de los cantares llaneros; al sabio americanista Doctor Arístides Rojas, que recopiló y estudió muchos de esos cantares como contribución al *Folk-lore Venezolano;* y al distinguido naturalista Doctor Ernst, que disertó

elocuentemente sobre el *Cancionero Popular de Venezuela*, al cual ha cooperado el llanero con preciosos materiales, no sólo como elementos poéticos, sino como datos históricos.

Entre nuestros poetas también ha habido quienes dediquen algunas notas de su lira al ignaro habitante de las llanuras, como el eximio Doctor Núñez de Cáceres, Domingo Ramón Hernández, Felipe Tejera, Paulo Emilio Romero, Tomás Ignacio Potentini, el citado Aguilera, Santiago Key Ayala, Gonzalo Picón Febres y Rafael Esteves Buroz que cantó la llanera, á quien

«.....Su piel de canela siempre lustrosa,
No le ofenden los rayos del sol ardiente.»

Pero los trabajos de los escritores y poetas citados son generalizaciones, muy apreciables algunas de ellas, no obstante su brevedad, por la exactitud de la observación ó la belleza de la forma.

Mas, es lo cierto que hasta la fecha no tenemos en nuestra literatura una monografía

del hijo de las llanuras; porque *Palmarote* (en Caracas y en San Fernando), es sólo un estudio parcial.

Magariños Cervantes y Rafael Obligado con sus excelentes trabajos, han contribuido mucho á la celebridad del *Gaucho*, similar del llanero en la pampa argentina.

Y es por ello que dice nuestro insigne Bolet Peraza, en són de patriótica queja:

«Bajo las palmeras de nuestros llanos no se ha sentado todavía el poeta que debe cantar la vida, hazañas y amores del llanero venezolano. Y ya es tiempo de poner en la lira nacional ese sencillo poema de la naturaleza, con la más original y fiel de sus criaturas; porque el Progreso, que es enemigo de la tradición, va invadiendo ya aquellas patriarcales llanuras, y va despojando de sus sencillas costumbres y de su pintoresco lenguaje, y de su primitivo traje, y de todos los encantos de su originalidad, al varón independiente y rudo que como soberano la puebla en brava lucha y en amable sociedad con las fieras, en trato descon-

fiado ó en gallarda guerra con los hombres, y en sumiso rendimiento á la mujer. El verdadero *llanero* se nos va. El ferrocarril le hace conocer otros horizontes, la escuela se lo arrebata á la gran maestra de su instinto: la que le ha enseñado por todo arte el trabajo, por toda ciencia la malicia; la que le ha puesto delante de los ojos como eterna lección objetiva: el amor sin códigos, la vida sin señores, la voluntad sin accidentes, como la vasta pampa; sin vacilaciones, como el viento que la orea; sin miedo, como las aguas que la inundan en la hora del enfado de los ríos.»

No pretendo en modo alguno llenar aquel vacío, y mucho menos enmendar la plana á los autores nombrados, pues á las veces tendré que andar sobre las mismas huellas de algunos de ellos en el curso de este humilde estudio, rindiendo así el homenaje debido al talento y á la ilustración. (1)

---

(1) Sea este el lugar para dar públicamente las gracias á mi distinguido amigo el señor Don Miguel Méndez, de Valle de la Pascua, á cuya excelente me-

***

«Ningún país de América tiene tan marcadas sus zonas como éste. La primera que se nos presenta es la de las *tierras cultivadas:* la segunda la de los *pastos* y la tercera la de los *bosques;* presentando, como dice Humboldt, una imagen perfecta de los tres estados de la sociedad: la vida del salvaje que vive en las selvas del Orinoco; la del pastor que habita las sabanas y la de los pueblos agrícolas situados en los valles altos y al pie de las montañas de la costa.»

.....

(Con relación á la zona de los pastos).—«Parece un gran golfo que se introduce en lo interior de las tierras; es un mar de hier-

---

moria y conocimiento práctico de las costumbres del Llano he ocurrido con frecuencia al escribir el presente trabajo.

ba que por todas partes forma horizonte; es un mediterráneo cerrado por las cordilleras y las inmensas selvas de la Guayana; es la verdadera región de los ganados que allí se multiplican casi sin los cuidados del hombre; es el gran criadero que proporciona á la zona agrícola los animales útiles para el trabajo y las carnes para el sustento de sus habitantes. Su posición central ofrecerá algún día iguales ventajas á las generaciones futuras que desmontarán las grandes selvas.»

....

«No se crea por esto que la zona de las crías es un estéril arenal, una tierra sin agua; ni que sus habitantes sean pueblos nómades con tiendas portátiles. Al contrario, es un suelo fértil y bien provisto de agua. Hay ciudades, villas, pueblos, y hatos diseminados por las extensas llanuras: ríos navegables las atraviesan en diferentes direcciones, y los ganados vagando en medio de aquellas dehesas en una entera libertad, vienen á reunirse en determinadas épocas y por los esfuerzos del hombre en

los lugares destinados para los rodeos. Antes de 1548 no había en estas sabanas sino venados y chigüires. Cristóbal Rodríguez, habitante de la ciudad del Tocuyo que había permanecido por mucho tiempo en la Nueva Granada, fué el primero que envió á los llanos algún ganado vacuno que tomó de Coro y del Tocuyo. Estas llanuras no siempre presentan aquella uniformidad monótona y fastidiosa: tienen sus variaciones y perspectivas agradables. No en todas ellas se sufre el calor abrasador de las regiones bajas, pues en ciertos parajes está bastantemente modificada la temperatura, por causas locales; y aunque hay algunos lugares expuestos á las fiebres intermitentes, es por lo general, seco el aire y el clima saludable.»

....

«La grande zona de los pastos se extiende de E. á O. 200 leguas, desde el pueblo de Barrancas en el vértice del Delta del Orinoco, hasta el desparramadero del Sarare, en los confines de la Nueva Granada; te-

niendo de S. á N. casi 100 leguas, desde cerca del Vichada hasta la serranía del Pao en la provincia de Carabobo. Ocupa el todo una extensión de 9.000 leguas cuadradas.» (1)

Después de haber dado una idea de la extensión y condiciones del campo donde se mueve el llanero, veámosle ahora dentro del radio á que lo circunscriben sus ocupaciones.

Es decir, admirémosle en la vida del hato.

Para ello subdividiré en dos esta parte de mi trabajo, á fin de hacer un estudio comparativo de épocas.

La primera, que denominaré *Llano antiguo*, alcanzará hasta fines del primer tercio del siglo último; y la segunda, ó sea el *Llano moderno*, desde entonces para acá.

---

(1) Codazzi.—*Geografía de Venezuela.*

LIBRO I

—

LLANO ANTIGUO

—

SUMARIO.—Los hatos.—La habitación.—Vida del llanero. — Las vaquerías.—Los caballos. — El vestido.—Habilidad del llanero.—Costumbres. —Las bestias alzadas.—Gimnasia.—Los ordeñadores.—El mayordomo.—Peligros.—Hechos extraordinarios.—Lanceros insignes.—El llanero y la guerra.—Heroísmo y miseria.

—

Para justificar esta división, véase lo que dice con respecto á los hatos el General Páez·

«Diré lo que era un hato en aquella época, pues los que se encuentran actualmente en los mismos sitios difieren tanto de los que conocí en mi juventud, cuanto dista la civilización de la barbarie. El progreso ha introducido en ellos mil reformas y mejoras; y si bien ha ejercido gran influencia sobre las costumbres de los habitantes, no ha podido empero cambiar completamente el carácter de éstos, por lo cual no me detendré á copiar lo que, con tanta verdad y exactitud, han descrito el venezolano Baralt y el granadino Samper. Pintaré, pues, los hatos como los conocí en los primeros años de mi juventud.

«En la gran extensión de territorio, que, como la vasta superficie del océano, presenta alrededor un inmenso círculo cuyo centro parece estar en todas partes, se veían de distancia en distancia, ora pueblecillos con pocos habitantes, ya rústicas casas con techos de hojas secas de palmeras, que en medio de tan gran soledad parecían ser los oasis de aquél á la vista del desierto ilimitado.

Constituían estos terrenos las riquezas de muchos individuos, riquezas que no sacaban de las producciones de la tierra, sino de la venta de las innumerables hordas de ganado caballar y vacuno, que pacían en aquellas soledades con tanta libertad como si estuvieran en la patria que el cielo les había señalado desde los primeros tiempos de la creación. Estos animales, descendientes de los que tuvieron en la conquista tanta parte, como los mismos aventureros á cuyas órdenes servían, eran muy celosos de su salvaje independencia; y muchas y grandes fatigas se necesitaban para obligarlos á auxiliar al hombre en la obra de la civilización. Tocaba acometer tan atrevida empresa al habitante de los llanos; y cómo podían éstos alcanzar tan difícil y peligroso empeño, se comprenderá recordando el linaje de vida á que estaban sometidos.

«La habitación donde residían estos hombres era una especie de cabaña cuyo aspecto exterior nada diferente presentaba de las que hoy se encuentran en los mismos luga-

res. La hierba crecía en torno á su placer, y sólo podía indicar el acceso á la vivienda la senda tortuosa que se formaba con las pisadas ó rastros del ganado.

«Constituían todo el mueblaje de la solitaria habitación: cráneos de caballos y cabezas de caimanes, que servían de asiento al llanero cuando tornaba á la casa cansado de oprimir el lomo del fogoso potro durante las horas del sol; y si quería extender sus miembros para entregarse al sueño, no tenía para hacerlo sino las pieles de las reses ó cueros secos, donde reposaba por la noche de las fatigas y trabajos del día, después de haber hecho una sola comida, á las siete de la tarde. ¡Feliz el que alcanzaba el privilegio de poseer una hamaca sobre cuyos hilos pudiera más cómodamente restituir al cuerpo su vigor perdido!

«En uno ú otro lecho pasaba la noche, arrullado muy frecuentemente por el monótono ruido de la lluvia que caía sobre el techo, ó por el no menos antimusical de las ranas, del grillo y de otros insectos, sin que

despertara azorado al horrísono fragor de los truenos, ni al vívido resplandor de los relámpagos. El gallo, que dormía en la misma habitación con toda su alada familia, le servía de reloj, y el perro, de centinela. A las tres de la mañana se levantaba, cuando aún no había concluido la tormenta, y salía á ensillar su caballo, que había pasado la noche atado á una macolla de hierba en las inmediaciones de la casa. Para ello tenía que atravesar los escoberos, tropezando á cada instante con las osamentas de las reses, que entorpecían sus pasos, y que gracia á una acumulación sucesiva de muchos años, habrían bastado para erigir una pirámide bastante elevada. Y téngase presente que el llanero anda siempre descalzo.

«Montado al fin, salía para la expedición de ojear el ganado, que iba espantando hasta el punto donde debía hacerse la parada. Esta operación se conocía con el nombre de rodeo; pero cuando se hacía solamente con los caballos, se llamaba junta. «Juntas» decían los llaneros cuando, más tarde, les

hablaron de las que se formaron en las ciudades para la defensa de la soberanía de España, nosotros no sabemos de más juntas que las de las bestias que hacemos aquí.

«Hecha la parada, se apartaban los becerros para la hierra, ó sea para ponerles marca, se recogían las vacas paridas, se castraban los toros, y se ponía aparte el ganado que se destinaba á ser vendido. Si la res, ó caballo apartado, trataba de escaparse, el llanero lo perseguía, lo enlazaba, y si no tenía lazo lo coleaba para reducirlo á la obediencia.

«Cuando comenzaba á oscurecer y antes que les sorprendiera la noche, dirigíanse los llaneros al hato para encerrar el ganado, y concluida la operación mataban una res, tomando cada uno su pedazo de carne, que asaba en una estaca, y que comía sin que hubiese sal para sazonar el bocado, ni pan que ayudara á su digestión. El más deleitoso regalo consistía en empinar la tapara, especie de calabaza donde se conservaba el agua fresca; y entonces solía decir el llanero

con el despecho casi resignado de la impotencia:

«El pobre con agua justa,
Y el rico con lo que gusta.»

«Para entretener el tiempo después de su parca cena, poníanse á entonar esos cantares melancólicos que son proverbiales—voces plañideras del desierto—algunas veces acompañados con una bandurria traída del pueblo inmediato, en un domingo en que logró ir á oír misa. Otras veces también, antes de entregarse al sueño, entreteníanse en escarmenar cerdas de caballo para hacer cabestros torcidos.

«Tal era la vida de aquellos hombres. Distantes de las ciudades, oían hablar de ellas como lugares de difícil acceso, pues estaban situados más allá del horizonte que alcanzaban con la vista. Jamás llegaba á sus oídos el tañido de la campana que recuerda los deberes religiosos, y vivían y morían como hombres á quienes no cupo otro destino que luchar con los elementos y las fie-

ras, limitándose su ambición á llegar un día á ser capataz en el mismo punto donde había servido antes en clase de peón.

«¡Con qué facilidad se escribe todo esto en una sala amueblada y al lado de un fuego agradable! Pero cuán distinto era ejecutarlo!» (1)

El ojeo ó vaquería se practicaba de este modo:

Del 15 de julio en adelante se comenzaban los preparativos para los trabajos en el próximo mes de agosto.

Estos preparativos consistían en lo siguiente:

Cierto número de dueños ó mayordomos de hatos se acordaban para nombrar un caporal, nombramiento que recaía generalmente en un dueño ó mayordomo de los más caracterizados y competentes para tales operaciones, y se fijaba el día y lugar en que debían reunirse los vaqueros para principiar.

---

(1) *Autobiografía del General Páez.*

Se daba orden á los peones para coger los caballos destinados á las vaquerías, con el fin de desbastarlos antes de los trabajos, y organizar «buenos aperos.»

Estos consistían en un fuste con una coraza y un correaje de cuero sin adobar, con estribos de cacho ó de metal; un grueso cabestro de cerda para amarrarlo al pescuezo del caballo, asegurado al bozal en forma de rienda; y una soga de enlazar de veinte brazas de largo.

En cuanto á los caballos, como abundaban mucho en esa época (1), cada criado

---

(1) Hé aquí lo que aseguraba el General Páez de la sola provincia de Apure: — «Calculábase entonces que las propiedades del Apure ascendían á un millón de reses y quinientas mil bestias caballares, de las cuales tenía yo cuarenta mil caballos empotrerados y listos para la campaña.»

....

«Llevé, pues, mil lanceros montados en caballos rucios con otros mil de reserva, todos del mismo color, porque los llaneros creen, y yo con ellos, que el caballo rucio es más nadador que cualquiera de otro pelo.»—PÁEZ. *Obra citada.*

ó peón tenía varios á su servicio y disfrutaba de entera libertad en la elección de los que debía llevar á las vaquerías, los cuales, generalmente, no bajaban de seis.

El vestido de esos peones era camisa, cotona y calzoncillo de tela burda; sombrero de palma y pie descalzo.

Entonces las alpargatas eran desconocidas en el Llano y sólo el caporal usaba garrasí.

Ningún peón usaba espuelas, y el mayor placer del llanero era concurrir á las vaquerías con varios caballos gordos para lucir allí su competencia en el arte de domarlos.

Reunidos los vaqueros, á veces en número de ciento ó más, marchaban organizados y sumisos á las órdenes del caporal.

Al llegar á un hato se encaminaban por distintas direcciones para hacer los levantes, operación que debe practicarse antes de amanecer, á fin de que el ganado no tenga tiempo de dispersarse en sus comederos.

De modo que para las siete ú ocho de la mañana ya todos los levantes se hallaban

reunidos en el paradero, y á medida que iban llegando los grupos de vaqueros con el ganado, se aumentaba la gran sinfonía de la pampa con los gritos de los peones, el relincho de los caballos y el bramido de las reses.

Era un espectáculo salvaje, propio del desierto y digno de la valentía del llanero!

Sobre todo, los toros padrotes hacían retumbar á lo lejos sus furiosos mugidos y se lanzaban á formidable combate, arrollando cuanto les estorbaba en la pelea.

Luego, los vaqueros hacían sus apartes y formaban la madrina que recorría los demás hatos, repitiéndose las mismas escenas en que el audaz llanero exponía la vida con harta frecuencia y de diversos modos.

En ocasiones le interesaba á un vaquero castrar un toro, y, por vanidad, para probar que era hombre del arte, invitaba á un compañero que se lo ayudara á sacar del rodeo; y despreciando la soga que llevaba rabiatada del caballo, se lanzaba tras la fiera y, en violencia de carrera, le tomaba

la cola, pasaba la pierna por sobre el pico de la silla, se tiraba al suelo, coleaba el cornúpeto, y antes que éste pataleara, le metía el rabo por entre las piernas de atrás para adelante, dejándolo sin movimiento, y rápidamente lo castraba!.....

En seguida soltaba la cola, y corría y saltaba sobre el caballo sin poner el pie en el estribo.....

Pero á veces, la fiera lo seguía, y no dándole tiempo para montar, el vaquero volvía cara y la capeaba con singular donaire y brío, según la bella frase de Baralt.

La abundancia de ganado en las dehesas hacía que los rodeos fuesen muy grandes, y ya se ha dicho que las reses eran ariscas y bravías.

El peonaje aunque numeroso, tenía que trabajar mucho, y duraba la vaquería de un hato dos ó tres días; de modo que había que velar por la noche el rodeo á campo raso.

Y todo esto bajo el ardiente sol de la pampa, ó sometido á las inclemencias de la

lluvia, el hambre, la plaga, y todos los peligros que amenazan la vida del llanero!

Las reses que mataban en estas vaquerías y las demás provisiones de boca, como cazabe ó pan de maíz, si lo había, las daba el primer día para las dos comidas de la reunión el amo de la sabana donde se trabajaba; y los días siguientes cada dueño de hato mantenía sus peones.

Los vaqueros iban á comer por grupos y eran muy corteses entre sí en el momento de servirse de los asadores.

Era visto como un acto de grosería ó mala crianza el adelantarse uno y cortar una costilla para comérsela.

Pero había una costumbre tradicional entre ellos que convertía ese mismo acto en caballeresco y plausible, y era, si el que tal hacía, agregaba estas palabras:

—«Esto lo hago atenido á mis ocho túanos.....»

Y así, tácitamente, quedaba comprometido á colear el toro más grande que saliera en la próxima vaquería; acto en el cual de-

Geo. Priel

mostraría su habilidad de coleador y la potencia y velocidad de su caballo; siendo grande la satisfacción que experimentaba al tumbar el toro de compromiso.

Las buenas condiciones de las sabanas y la circunstancia de no haberse presentado en el trascurso de muchos años la «peste derrengadera,» había dado por resultado el aumento considerable de la cría de bestias en los llanos; pero ya por consecuencia de ésto, ya por descuido de algunos mayordomos, se formaron grandes cimarroneras en varios hatos.

Y para formar las juntas en que debían cogerse estas bestias alzadas, se llenaban entre los colindantes, más ó menos, las mismas formalidades que con las vaquerías.

Antes de empezar los levantes se llevaba la madrina, compuesta de algunos hatajos de bestias mansas, á una hondonada, á fin de que estuviese medio oculta, lo mismo que los jinetes que la vigilaban.

Después se colocaba el resto del peonaje del modo siguiente: como á seiscientas ó se-

tecientas varas de la madrina se ponían dos jinetes, frente á frente, conservando una distancia de doscientas varas, más ó menos, pero siempre ocultos detrás de algún árbol ó del monte; un poco más lejos se colocaban otros dos, en iguales condiciones que los anteriores; y así sucesivamente se iban apostando otros muchos, alargando siempre la distancia, hasta formar una especie de callejón con los jinetes, de una ó más leguas de largo, entre la cimarronera y la madrina.

Estos peones apostados así se llaman paradas, y se cuentan á la inversa de su colocación: parada primera, segunda, tercera etc., hasta la inmediata á la madrina que se denomina parada «encerradora.»

Organizado así el trecho de la gran carrera, quedan de reserva tres ó cuatro peones destinados á los levantes.

El llanero, por el conocimiento que tiene de las costumbres de los animales con que brega á diario, distingue pronto una manada de bestias cimarronas de las otras.

Estas, pastando ó en el sesteadero, se se-

paran y se descuidan; mientras que las alzadas permanecen reunidas en grupos y muy vigilantes.

De modo que cuando los jinetes las divisan dan un rodeo y se acercan con precaución, hasta el momento oportuno en que las espantan en dirección al lugar donde se halla la primera parada; ésta corre en línea paralela y entrega á la segunda; y así sucesivamente, en carrera vertiginosa, hasta la parada encerradora, que hace á veces grandes esfuerzos por llevar el levante á la madrina. Porque sucede en ocasiones que esas bestias han sido corridas en años anteriores y se ponen sumamente mañosas, y al ver un jinete ó la madrina retroceden y se pierde el trabajo; y es por ello la precaución de ocultarse todos.

En ocasiones estos ariscos animales rompen la madrina y tienden á escaparse; pero entonces los jinetes se lanzan detrás, los colean y los reducen de nuevo.

Estos trabajos se practicaban antes con frecuencia con el objeto de herrar los mos-

trencos, hecho lo cual, se soltaban y volvían á su estado salvaje.

Pero esto era una diversión para el llanero porque disponía de caballos veteranos de gran carrera, siendo los mejores para tales trabajos los que se amansaban de la cimarronera.

En esa época los dueños, mayordomos y peones de los hatos tenía cada cual un número de caballos destinados al uso exclusivo de la silla.

Cada peón amansaba y educaba los «suyos;» y ni los amos osaban ensillar un caballo sin la anuencia del peón, por más que éste fuese esclavo, como sucedía generalmente.

Entre el mayordomo y los peones se efectuaban préstamos y cambios de caballos. Cuando al amo del hato le gustaba un caballo de un peón para su silla le proponía que se lo cediera, siendo costumbre que el amo le hiciera una regalía de ocho ó diez pesos.

Se presentaban casos en que un particular tratara de comprar al amo un caballo

que había visto en poder de un peón, y entonces aquél contestaba que no podía vendérselo sin el consentimiento de éste.

El interesado le objetaba, que siendo el esclavo y el caballo de su propiedad podía hacer el negocio.

—No, porque el caballo es de su silla y hay que respetar eso. Ofrézcale usted un regalo para que él convenga en desprenderse del caballo.

Este régimen daba excelentes resultados en la organización de los hatos, pues ya se sabe cuán grande es el amor del llanero al caballo.

De modo que en los hatos se disponía siempre de una caballada de primer orden para los trabajos, y los peones, por cariño á sus caballos de silla, envejecían en los hatos; y no era raro que después de haberse retirado un peón por cualquier circunstancia, volviera á poco á solicitar colocación, á fin de que le dieran de nuevo sus caballos!

Entonces eran muy rígidas las costum-

bres; de tal modo que, en la aplicación de castigos corporales, á los muchachos y á sus propios hijos, llegaban los llaneros hasta la crueldad.

Pero ello tenía como fin formar hombres vigorosos y de ánimo resuelto, capaces de afrontar los más duros trabajos y los innúmeros peligros de la vida en el Llano.

Y no sólo se les ejercitaba en la equitación, el toreo, la carrera, la lucha etc., sino que se les enseñaba á la vez la frugalidad en las costumbres, el respeto que se debe á los mayores y la sumisión al superior.

Era costumbre después de la castración de toros, dejar encerrado en el corral algún torete para que lo torearan los muchachos del hato; y desgraciado de aquél que se mostraba pusilánime, porque en seguida se destoconaba el torete, se amarraba el muchacho por las piernas y se le ponía en mitad del corral.

El torete embestía, el muchacho trataba de huir, pero era alcanzado y recibía to-

ponazos de la fiera que lo tiraban contra el suelo.

Y á los gritos desesperados del muchacho respondían las risas de los peones; hasta que magullado ó herido, y muy asustado, era libertado de aquel suplicio por alguno.

Y había padre que para capear algún toro en el corral, agarraba á un hijo pequeño por los brazos y se servía de él á manera de carpeta; y todo esto para que los muchachos perdieran el miedo del ganado!.....

Y de ahí puede deducirse el tratamiento á los peones.

Cuando algún extraño solicitaba colocación en un hato, y era admitido en él, ordenaba en seguida el capataz que se encerrara la madrina en donde se hallaba tal caballo.....

Este era uno que por sus mañas rezagaban los peones y que servía en los hatos para probar los jinetes.

—«Ensille ese caballo que es manso»..... le decía el capataz al recién llegado.

Y éste lo ensillaba y montaba sin advertir las sonrisas picarescas y las miradas de inteligencia que se cruzaban entre el capataz y los peones del hato.

Pero resultaba qué el caballo apenas se alejaba del corral, cuando se tiraba de espaldas, metía la cabeza entre las piernas y empezaba á corcovear, ó se lanzaba desbocado por la pampa!

Si el jinete caía, quedaba desacreditado como peón de llano; pero si dominaba al bruto y volvía victorioso de la brega, entonces se le consideraba como hombre del arte y se captaba la estimación de todos, entregándosele, en consecuencia, buenos caballos de trabajo.

Para quesear se observaban ciertas reglas.

Cogidas las vacas destinadas á tal fin, se desmostrencaban los becerros y se amarraban para que se amansaran.

A cada ordeñador se le entregaban cincuenta vacas y un becerrero, pero había algunos tan hábiles para ordeñar que nece-

sitaban dos de éstos para que le dieran abasto.

Las vacas debían echarse á pastar al amanecer, antes que se le cayera el rocío á la hierba; y un poco más tarde los becerros, en comederos opuestos, con el número suficiente de muchachos para pastorearlos, á fin de que aquéllos no se reunieran con las madres.

Todas las tardes se encerraban los becerros en el chiquero y se picaban las vacas para el corral, las cuales debían empezar á ordeñarse en alta madrugada; con el barro á la rodilla, en invierno, y sufriendo la lluvia á cuerpo limpio, por ser engorroso á la vez que inconveniente, el uso de la cobija.

Los ordeñadores hacían el queso en un cincho, lo volteaban diariamente en la troje, manoseándolo con suero salado para alisarlo é impedir que criara saltones; conservándole de este modo aseado, suave y de buen olor.

La quesera, el bote, la camaza y todo lo

concerniente al ordeño y á la fabricación del queso se mantenía siempre en las mejores condiciones de orden y aseo; mereciendo especial atención la preparación de la sal y el cuajero, pues prácticamente sabe el llanero que de la buena calidad del cuajo depende en primer término que el queso no se pudra.

Y además de todas estas obligaciones y de sabanear las vacas que no hubieran venido al corral, el ordeñador tenía que ser veterinario práctico para curar las enfermedades de todos los animales á su cargo y poder ganar satisfactoriamente los *cinco pesos* mensuales que se le asignaban como sueldo!

Y hasta en los menores detalles se observaba la buena organización de los antiguos hatos.

Cada peón tenía colgado un garabato de madera en donde ponía su soga, cabestro, sueltas etc.; y jamás otro peón hacía uso de algo que no fuera suyo.

Y la voz del mayordomo se atendía cual si fuese un superior en la milicia.

Véase lo que á tal respecto dice el General Páez en las animadas líneas que siguen, dignas, por otra parte, de la brillante pluma de Edmundo de Amicis, inimitable descriptor de cuadros de la pampa argentina:

«Tocóme de capataz un negro alto, taciturno y de severo aspecto á quien contribuía á hacer más venerable una híspida y poblada barba. Apenas se había puesto el novicio á sus órdenes, cuando, con voz imperiosa, le ordenaba que montase un caballo que jamás había sentido sobre el lomo ni el peso de la carga, ni el del domador. Como ante órdenes sin réplica ni excusa, no había que vacilar, saltaba el pobre peón sobre el potro salvaje, echaba mano á sus ásperas y espesas crines, y no bien se había asentado, cuando la fiera empezaba á dar saltos y corcovos, ó tirando furiosas dentelladas al jinete, cuyas piernas corrían graves peligros, trataba de desembarazarse de la extraña carga, para él insoportable; ó despidiendo fuego por ojos y narices, se lanzaba enfurecida en demanda de sus com-

pañeros en los llanos, como si quisiera impetrar un auxilio contra el enemigo que oprimía sus ijares.

«El pobre jinete cree que un huracán desencadenando toda su furia, le lleva en sus alas y le arrastra casi sobre la superficie de la tierra, que imagina á corta distancia de sus pies, sin que le sea dado alcanzarla, porque ella también huye con la velocidad del relámpago. Zumba el viento en los oídos cual si penetrase con toda su fuerza en las concavidades de una profunda caverna, apenas se atreve el cuitado á respirar; y si conserva abiertos los espantados ojos, es solamente para ver si puede hallar auxilio en alguna parte, ó convencerse de que el peligro no es tan grande como pudiera representárselo la imaginación sin el testimonio del sentido de la vista.

«El terreno, que al tranquilo espectador no presenta ni la más leve desigualdad, para el aterrado jinete, se abre á cada paso en simas espantosas, donde él y la fiera van sin remedio á despeñarse. No hay que es-

perar más amparo que el que quiera dar el cielo, y encomiéndase con todo fervor á la Virgen del Carmen, cuyo escapulario lleva colgado del cuello, aguardando por momentos su último instante. Al fin cesa la angustia, pues el caballo se rinde de puro cansado, y abandona poco á poco el impetuoso escape que agota sus fuerzas.

«Cuando repite la operación, ya el novicio llanero tiene menos susto, hasta que al fin no hay placer más grande para él que domar la alimaña que antes le había hecho experimentar terrores inexplicables.» (1)

Y el caballo, como dice de Amicis, quedaba condenado en adelante á la injuria perpetua del talón humano.

Consérvase por tradición el recuerdo de los hechos que voy á referir, ejecutados por hijos del Alto-llano antes de la Guerra magna.

Trabajaba de peón en el hato de «Palacio,» jurisdicción de Chaguaramas, Juan Lorenzo

---

(1) PÁEZ.—*Obra citada.*

Infante, tío de los ilustres Próceres de la Independencia, General y Coronel, respectivamente, Julián y Leonardo Infante; y era lo que se llama «un llanero por los cuatro costados.»

Pero en lo que se distinguió Juan Lorenzo, por su gran habilidad, fue en ejecutar lo que se llamaba entonces «bolerear padrotes.»

Esta operación la practicaba del modo siguiente:

Sabedor el llanero que el semental de un hatajo es siempre el primero que entra en el corral y el último que sale, temeroso de que pudiera quedársele alguna yegua encerrada; después de la hierra de los potros soltaba Juan Lorenzo el hatajo, y á la salida de éste, lo esperaba en cuclillas sobre la última vara del tranquero; al pasar el padrote caíale rápida y atrevidamente encima, afirmándose sobre las ancas!.....

El jinete, con la cara hacia atrás, le metía en seguida los pies en los ijares y se servía de la cola á manera de brida, pero

cuando el caballo sentía sobre su lomo aquel cuerpo que parecía caer de alguna nube, se espantaba, y después de dar grandes corcovos, se disparaba cual

Hipógrifo violento
Que corriste parejas con el viento.....

No contento con ésto, Juan Lorenzo, en la carrera, se tiraba al suelo con la cola en la mano y le hacía dar vueltas por sobre el lomo al enorme caballo como si fuera un liviano torete!

Y así, por diversión, bolereaba todos los años los padrotes de varios hatajos.

En el hato de «San Jerónimo,» jurisdicción de Tucupido, había un criado llamado Pedro González, que reventaba sogas al pulso, del modo siguiente:

Amarraba la punta de una soga á un botalón y con la otra se daba vuelta en la mano; después paraba el caballo que montaba junto al botalón y partía en velocidad de carrera para reventar la soga en el tirón!.....

Y tan peligroso ejercicio lo efectuaba con frecuencia para divertirse, ó haciendo pequeñas apuestas, como de una vara de tabaco de mascar, para probar la fuerza de su brazo.

A otro criado, de nombre Juan Bautista Ramírez, en uno de los hatos inmediatos á Espino, del opulento don Jacobo Ramírez; le ordenó el mayordomo que encerrara un macho cerril, para amansarlo, al cual los demás peones veían con cierto recelo.

Reducida la bestia al corral y ensillada, montó el brioso jinete, sin que nadie le acompañara, y le suspendió el tapaojos.

El macho no corcoveó, pero salió por el banco con una rapidez prodigiosa y buscó en dirección de un palmar.

El jinete previó el peligro que corría él y la bestia, á la cual dió un tirón por la rienda para desviarla en la carrera; pero reventóse el bozal..... y entonces parecía, según la estupenda metáfora de Hugo, el rayo cabalgando sobre la tempestad!.....

Pero el comprometido llanero no se ami-

lana; comprende que el peligro aumenta; que se acerca el momento en que úno y otra se estrellarán en los troncos de las palmeras; y entonces echa el cuerpo hacia atrás, se agarra de la cola del mulo (1), pasa la pierna por sobre el pico de la silla, se tira al suelo, colea al animal, y antes que éste se pare le tapa los ojos y lo sujeta á muy poca distancia del palmar!

Y así no es extraño que de hombres de tales condiciones surgieran aquellos formidables guerreros, que fueron la personificación de la constancia, la fortaleza y el heroísmo en nuestra magna lucha de la Independencia, porque estaban educados para afrontar y vencer los más grandes peligros.

---

(1) Adrede he usado en este libro, como sinónimas, las voces *Macho* y *Mulo*.—El léxico no establece diferencia, ni el llanero tampoco, en cuanto á las palabras; pero sí distingue, al verlos, el origen de uno y otro animal.

Hé aquí explicada la diferencia de dichas voces: «Apareando el caballo padre con la burra, se obtiene el Burdégano ó Macho romo; y del ayuntamiento del burro con la yegua resulta el Mulo.»—(F. Mora, autor de la *Guía de Ganaderos*.)

Páez, Monagas, Zaraza, Rondón, Cedeño, Carvajal, Aramendi, Silva, Infante, Farfán, Camejo, Hernández y mil más, que brotaron de la pampa venezolana como lanceros insignes para inmortalizar al *Llanero* en los fastos del heroísmo.

¡Salve, hijo de las llanuras, salve!

Con cuánta razón dijo nuestro eminente geógrafo citado:

«Los llanos son un campo perenne de instrucción guerrera para sus intrépidos moradores. Acostumbrados desde su juventud á domar el potro, á luchar con el toro, á pasar á nado los ríos caudalosos y á vencer en singular combate al caimán y al tigre, los llaneros se acostumbran á despreciar los peligros. Cuando la guerra los distrajo de sus ocupaciones ordinarias, el enemigo los encontró ya soldados aguerridos. Ayudados de un temperamento robusto y habitando bajo un clima más bien caluroso que frío, sus necesidades son muy pocas: en paz, la soga de enlazar y el caballo; en guerra, el caballo y la lanza. Prácticos del terreno y

con la movilidad que les proporciona su ligero equipaje, los hombres de los llanos no pueden ser vencidos sino por hombres de los llanos, y Venezuela tiene en aquellas inmensas sabanas y en el pecho de sus hijos valerosos, el más firme baluarte de la independencia nacional.» (1)

En su obra VENEZUELA dice Caivano á ese respecto :

«Los mejores soldados del ejército libertador salieron de aquellos mismos llanos de donde habían salido las terribles tropas de Boves en 1814; siendo así que los llaneros —aquellos famosos llaneros que bajo la sombra de Boves derrocaron por sí solos en La Puerta y en Urica á la segunda República venezolana—fueron también los que principalmente concurrieron después, bajo las órdenes de Páez, á dar definitivamente libertad é independencia á su país.»

Creo oportuno recordar en qué condicio-

---

(1) Codazzi.—*Obra citada.*

nes peleaba el llanero por la libertad y por la patria.

Pero prefiero citar algunas líneas del *Aquiles Venezolano*, apoyadas en el juicio siempre sereno é imparcial de Baralt; porque ellas pintan, además, la situación de los restos de las Repúblicas de Nueva Granada y Venezuela, después del espantoso desastre del año 1814 :

«A punto viene aquí dar una idea al lector del estado en que se encontraban las tropas y de los recursos con que contaba para salvar el país. Los caballos del servicio, indómitos y nuevos, estaban extenuados, porque en la parte de los llanos que ocupábamos, el pasto escasea y es de mala calidad. La mayor parte de los soldados no tenían más armas que la lanza y palos de albarico, aguzados á manera de chuzos, por una de sus puntas: muy pocos llevaban armas de fuego. Cubríanse las carnes con guayucos; los sombreros se habían podrido con los rigores de la estación lluviosa y ni aun la falta de silla para montar podía suplirse

con la frazada ó con cualquier otro asiento blando. Cuando se mataba alguna res, los soldados se disputaban la posesión del cuero que podía servirles de abrigo contra la lluvia durante la noche en la sabana limpia, donde teníamos que permanecer á fin de no ser cogidos de sorpresa; pues á excepción del terreno que pisábamos, todo el territorio estaba ocupado por los enemigos, y más de una vez fueron perseguidos y muertos los que cometían la imprudencia de separarse del centro de las fuerzas.

—«Es imposible imaginarse, dice con mucha exactitud el historiador Baralt, hasta qué punto llegaban las escaseces de los hombres que en aquel tiempo y en los posteriores hicieron la guerra en las llanuras. Los soldados estaban tan desnudos que se veían en la necesidad de usar, para cubrirse, de los cueros frescos de las reses que mataban; pocos tenían sombreros, ninguno zapatos. El alimento ordinario y único era carne sin sal ni pan. A todo esto, las lluvias eran frecuentísimas, y los ríos y caños

crecidos habían inundado el territorio. Faltaban caballos, y como éstos son un elemento indispensable del soldado llanero, era preciso ante todo buscarlos; así, los primeros movimientos tuvieron por objeto esta adquisición. Los que generalmente se conseguían eran cerriles y se amansaban por escuadrones á usanza llanera, es á saber, á esfuerzo de los jinetes, siendo curioso el espectáculo que ofrecían quinientos ó seiscientos de éstos á la vez, bregando con aquellos bravíos animales. En derredor del campo de ejercicio se colocaban algunos oficiales, montados en caballos mansos, no con objeto de socorrer á los domadores que caían, sino con el de correr tras de los caballos que los habían derribado, á fin de que no se fuesen con la silla, si bien ésta era por todo un fuste de palo con correas de cuero sin adobar. Deseábamos los riesgos, escribía mucho tiempo después un testigo presencial, por acabar con gloria una vida tan amarga..... »

«Uníanse á todo esto los embarazos de una

numerosa emigración y la necesidad de procurarse á cada paso mantenimientos por la carencia absoluta de acopios. Aquel grupo de hombres, mujeres y niños, sin hogar ni patria, representaba á lo vivo la imagen de un pueblo nómade que después de haber consumido los recursos del país que ocupaba, levantaba sus tiendas para conquistar otro por la fuerza.

«Yo añadiría que aquella emigración recordaba la salida de los israelitas de la cautividad del Egipto, con la sola diferencia de que para los nuestros no había nube de fuego que los guiara en su camino, ni el pobre Moisés que los conducía tenía el maravilloso poder de hacer llover el maná del cielo ni brotar agua de la tierra con la extraordinaria virtud que tenía la vara del caudillo hebreo. Y para que todo contribuyera á hacer la comparación más exacta, nos llegaron noticias de que el General Morillo, cual otro Faraón, venía en nuestra busca para reducirnos de nuevo á la antigua esclavitud. ¡Oh! ¡tiempos aquéllos! Sabe

Dios lo que sufrimos, y si era preciso más que la estoicidad y el heroísmo para no irse á las poblaciones, arriesgando más bien la vida en brazos de una tiranía despiadada y vengativa, que no arrastrar una existencia llena de peligros y necesidades mayores que los que á la humana condición parece dado resistir. Jamás podrán nuestros hijos ni aun imaginar tan sólo á qué precio se compró la independencia. Pero aquellos tiempos trajeron aquellos hombres, que si tenían cuerpo de hierro, no llevaban el alma menos templada. Nada nos quedaba entonces, sino la esperanza y una resolución indomable, superior á todas las calamidades y desgracias reunidas. La esperanza nos alimentaba; nuestra resolución sirvió de base para levantar de nuevo el altar santo de la patria.» (1)

Y para complemento de este cuadro sombrío, copiaré en seguida algo que da idea

---

(1) Páez.—*Obra citada.*

del terreno que ocupaba el llanero en tales momentos:

«En el invierno es cuando el Orinoco crece considerablemente y sirve como de represa al Apure, el cual no puede desaguar con facilidad por no tener una velocidad y volumen capaces de abrirse paso por entre el raudal que se le opone. Hínchase, pues, y no pudiendo sus bordes contenerlo, sale de madre y redunda por todas partes. La represa que hace el Orinoco al Apure, la ejerce éste sobre muchos de sus tributarios; así que la causa principal de las crecidas de los ríos de los llanos es debido á las crecientes del Orinoco. Entonces es cuando el bajo-Apure presenta las inundaciones del bajo-Egipto: sus sabanas ofrecen el aspecto de grandes lagos con islas en medio. Espacios hay de 50 leguas de largo sobre seis ó siete de ancho, que están cubiertos de 10 á 12 pies de agua; otros son menos profundos, pero siempre lo bastante para ser cruzados en todas direcciones por las piraguas, canoas y bongos, que en aque-

lla estación sustituyen á los caballos. El ganado que no ha tenido tiempo de recogerse á los invernaderos, corre mucho riesgo de ahogarse, y si por acaso llega á guarecerse en aquellas pequeñas islas, es ordinariamente pasto de los tigres que van allí á buscar un asilo. Puédese, sin embargo, cuando se tiene práctica del terreno, comunicar á pie ó á caballo de un hato á otro, aunque siempre con mil riesgos por los caimanes, los tembladores ó torpedos y las rayas; y aunque en estas travesías hay frecuentemente que nadar grandes trechos que ocupan los esteros, los caños y los ríos, en otras partes es absolutamente necesario embarcarse, como sucede entre el Apure y el Arauca y desde más abajo de San Fernando hasta el punto del Yagual, entre Arichuna, Cunaviche y Caribén.» (1)

Pero á pesar de las inclemencias de la naturaleza y de los hombres

.....aquí la gloria
pasmada calla al ver cómo la fábula
invade audaz el campo de la historia!

---

(1) Codazzi.—*Obra citada.*

LIBRO II

—

LLANO MODERNO

—

SUMARIO.—Modificación. — Los bongueros. — El nuevo ordeñador.—Coplas.—Desmoralización.—Las cimarroneras. — Trabajos.— Indumentaria. —La casa de Palmarote.—Botiquín de campaña. —El café.—Procedimiento original.

—

Veo bastante difícil el fijar *el momento histórico* en que se cambian ó modifican las costumbres de las colectividades, pues generalmente ello obedece á causas complejas y nunca á rápidas mutaciones.

Pero aceptando, convencionalmente, como período de transición del primero al segundo tercio del siglo último; pueden considerarse, entre otras, como causa de la modificación de ciertas costumbres en el régimen de los establecimientos pecuarios: la vida de campamento que llevó el llanero por algunos años, ya en la guerra de independencia, en nuestras frecuentes revueltas intestinas, en que él, testigo ó actor, presenció la falta de respeto á la propiedad, en primer término, y adquirió los vicios que privan por desdicha en el cuartel venezolano; la liberación de la esclavitud, que reclamó alguna lenidad en el tratamiento del peonaje de los hatos; y la deficiencia, ó mejor dicho, la falta de cumplimiento de las leyes favorables á los intereses del criador.

Es lo cierto que desde esa época empezó á observarse la alteración del orden y de la disciplina en los trabajos del Llano, y muy especialmente en las vaquerías.

Pero nada perjudicó tanto á éstas como el espíritu de especulación comercial, prac-

ticado por algunos individuos conocidos desde entonces en el Oriente del Guárico con el nombre de bongueros, ó sean traficantes en víveres al menudeo.

Estos individuos, provistos de sus bongos, se iban detrás de las vaquerías y les cambalachaban á los vaqueros los cueros, la grasa, el cuajo y alguna carne de las reses que destinaban para su mantenimiento.

Pero resultó, como era natural que sucediese, que mataban después mayor número de las que necesitaban para su consumo, y con los pocos fondos ó los objetos que recibían en pago de los mencionados productos, ponían jugadas en que pasaban la noche haciendo libaciones de aguardiente; y en tanto, el bonguero, hacía cual Juan Palomo, «yo me lo guiso, yo me lo como .....»

Por supuesto, que llegada la hora del ojeo, el vaquero, en vez de salir á cumplir su deber, se entregaba dulcemente al sueño, y algunos ni siquiera iban al aparte cuando se paraba el rodeo!

Y hasta los caballos se resintieron con la

modificación de las antiguas costumbres, pues dejó de cuidárseles y de tratárseles con el esmero hasta entonces tradicional en el Llano.

Y asimismo se fue alterando el orden en las queseras, y trayendo, por consecuencias, notables perjuicios.

Ya se ha visto que el ordeñador antiguo era cumplido y laborioso.

En cambio, el moderno, con suma frecuencia, después que termina de hacer el queso, ensilla un caballo, se va de paseo al vecindario, y no regresa hasta la tarde ó por la madrugada.

Generalmente le faltan vacas en el corral, por no haber sido picadas en la tarde anterior; el ordeño termina después que el sol se alza en el horizonte y viene á iluminar un cuadro digno de ser descrito por una pluma realista.

Un ordeñador bostezando con los ojos cargados de sueño; algunos becerros muertos ó desmayados en el chiquero, por las enfermedades ó los gusanos; un bote divorciado

del aseo, en el que se deposita una leche sin colar, mezclada á veces con pelos, garrapatas, ó partículas de boñiga, á la que se le incorpora un cuajo hediondo y una sal sucia para hacer un queso destinado á cubrirse de queresas en la troje..... ¡Oh, asco!

Verdad que no son todos, pero puede decirse que así es la mayoría.

En lo que ha introducido una innovación es en la manera de llamar las vacas.

El ordeñador antiguo sólo pronunciaba el nombre de la vaca en alta voz y el de hoy lo hace cantando coplas como éstas:

Mañana por la mañana
Riega tu patio de flores
Que te viene á visitar
La Virgen de los Dolores.
¡Carro de oro, Carro de oro!:.....

Allá arriba, en aquel alto
Tengo un pozo de agua clara
Donde se lava la Virgen
Los piecitos y la cara.
Nube blanca, Nube blanca!.....

Estrella de la mañana
Claro lucero del día,
Cómo no me despertaste
Cuando se iba el alma mía?
¡Clavelito, Clavelito!.....

Noche oscura y temerosa
Prestáme tu claridad
Para seguirle los pasos
A una ingrata que se va.
¡Pavo real, Pavo real!.....

Los más inteligentes emplean romances cuyas estrofas terminan siempre con el nombre de la vaca que piden al becerrero; éste imita el tono del ordeñador y llama al becerro por el nombre de la vaca; resultando el canto original y gracioso, pues hay algunos que tienen buena voz.

La vaca, por otra parte, cuando oye su nombre, brama; el becerro corre á la puerta, y al ver que le han rodado dos trancas, «salta veloz, batalla y fuerza el paso, alza la cola y en presuroso escape llega á la amorosa madre, reconoce su piel por el olfato y se lanza á la anhelada ubre; el surtidor no abastece su codicia; muda de uno en

otro con afanosa indecisión, y nunca satisfecho, lastima con rudos golpes á la paciente madre, que no puede aumentar la limitada fuente. Resbalan por el hocico del becerro copos de espuma que despiertan el apetito;» y el rudo ordeñador, tras ruda brega, le echa el rejo al cuello, lo ata á la pierna de la madre, exprime las tetas, y continúa el canto con la mayor indiferencia.

Y con las faltas de formalidad fue acentuándose la desmoralización en el Llano, hasta el punto que dan una idea las líneas que copio de unos instructivos artículos sobre ganadería del señor Miguel J. Romero, publicados en 1884:

«Por los años de 1840 á 1842 fue tan insignificante el valor de los productos de la ganadería, que el criador no se remuneraba de los gastos ni de su asistencia personal en el cuido de sus hatos, de lo que vino el abandono y descuido de ellos; aumentáronse los rebaños, se alzaron y se introdujo la funesta costumbre de no herrar los animales, primero por necesidad, des-

pués por cálculo y especulación; hubo agudeza y hasta ingenio para sacar mayor partido de este desorden.—¿Tenían los hateros que matar una res para su abasto? Esta debía ser *orejana:* ¿Establecían matanza para vender tasajo dulce, cueros y sebo? Estos se hacían con ganados *orejanos.* Se dió una ordenanza para obligar que se hicieran en poblados esas matanzas: para ello se exigía una boleta de venta, y por el examen de las reses nada se cobraba si era en poblado, y se estableció un fuerte impuesto para las que se beneficiaban en el campo: los criadores no necesitaban de boleta, se *entendían* fácilmente con los comisarios, y quedaban en libertad de continuar el desorden.

«Muchos criadores preferían para mayordomos á los más insignes ladrones que iban á los hatos, con el pretexto de destruir sus *cimarroneras,* se buscaban otros *maestros del arte,* se circulaba el sitio de vecinos, que se llevaban allí con la especulación de destruir á medias las cimarroneras: mayordomos y vecinos comprendían que era para

destruir á lós colindantes que se les daba residencia en sus terrenos: los amenazados seguían el ejemplo del vecino, y abríase una *cuenta corriente* entre criadores; cada cual hacía lo posible porque fuese mayor su haber.

«Los hatos estaban cruzados de famosos enlazadores bien montados, acompañados de perros cogiendo *cimarrones:* había otros más *honrados;* trabajaban las cimarroneras con ciertas reglas, de acuerdo con los colindantes; les inspiraban confianza, mientras construían lagunas en puntos convenientes y después que estaban acostumbrados á beber agua en verano todas las *cimarroneras* vecinas, cercaban las lagunas, ponían mangas, y ardía Troya; al principio dieron buenos resultados estas *vivezas,* después cada colindante estudiaba el desquite, que la agudeza de los llaneros encontraba siempre, á veces tan ingenioso, que causaba sorpresa y admiración. ¿Trabajaba un propietario sus cimarroneras? Pues á caballo, decía el colindante, porque al penetrar en sus terrenos los cimarrones ya mudaban de dueños.

«Hacíanse acusaciones de terrenos montañosos, sin pasto ni agua. Se hacían casas, corrales y lagunas, ponían un pequeño rebaño, aquellos terrenos eran adyacentes á grandes hatos en que no se herraba ó en que había cimarroneras: á los dos ó tres años una manga en la laguna era más productiva que los chinchorros de la isla de Margarita. El robo era público, pero como era absoluto el derecho de opción, se hacía bajo el amparo de la ley. (Llámase derecho de opción el muy legítimo é indispensable que tiene todo criador de tener por suyo todo animal no marcado, de madre no conocida, que se encuentre en su terreno).

«Tuve en mi juventud un amigo marino, portorriqueño, que hacía viajes á Barcelona á comprar tasajo dulce, queso, cazabe etc.; se dejó de este negocio y no lo ví por mucho tiempo. De pronto se apareció á esta ciudad, venía de Barinas, rico, con sólo cuatro años de *trabajo*. Me contó su historia en estos términos:

—«Al fin me hice rico con poco capital

y poco trabajo; me fuí á la Provincia de Barinas, y por consejos de un llanero, á quien hice socio, compré una *trampa de coger orejanos*, esto es, un hato, con muy pocos animales, muy barato: era un buen veraneadero: allí se reunía en el verano una gran parte de la hacienda de los llanos de Barinas: en el verano no se trabajaban los ganados por costumbre, pero como no lo prohibía la ley, así lo hice. Vendía anualmente un gran número de ganado macho, el hembra lo herraba: repetida esta operación por cuatro años, formé uno de los hatos más gruesos de Barinas: se formó una gran discusión pública sobre esta cuestión, y como había muchos magnates que hacían lo mismo que yo, se formaron dos partidos; yo realicé y quedé rico.»

Los ganados de las cimarroneras que se habían formado en las montañas de algún río, salían de noche á comer á la sabana y se cogían de dos modos.

Uno de ellos era el siguiente:

Los peones destinados á este trabajo lle-

vaban una soga rabiatada y dos ó tres cabos de soga arrollados á la cintura.

Al aproximarse al lugar guardaban el mayor silencio y procuraban evitar que al ganado «le diera el viento,» porque estos animales tienen tan desarrollado el olfato como el perro y el venado; siendo de advertir que el ganado tiene las mismas costumbres de las bestias cimarronas, de estar siempre en grupos y muy vigilante.

Cuando los jinetes divisaban los bultos de las reses en lo oscuro, se lanzaban soga en mano, sobre ellos; y al animal que le echaban el lazo lo barreaban con uno de los cabos de soga, y continuaban la carrera por el rumbo que llevaba el ganado.

Y había hombre de esos tan hábiles que en una sorpresa amarraba él solo hasta tres reses.

Luego las aseguraba á un árbol, y á los dos días las metía en una madrina y quedaban reducidas.

Generalmente hacían estos peligrosos trabajos en el verano y salían á dormir á la

sabana para aprovechar el momento de sorprender á tan ariscos animales.

El otro modo de cogerlos es el mencionado de las mangas.

El progreso, como es natural, ha influido en la indumentaria del llanero.

Cambió la tosca cotona por la higiénica franela y adoptó el original garrasí, que se presta con facilidad para arrollarse cuando se lleva á caballo.

Mas, á la hora presente, después de la invasión del liquilique, (pieza que por su ligereza se adapta bien al clima y costumbres del llanero;) el resistido *uña de pavo* lucha con el pantalón por conservar su tradicional dominio.

También adoptó la alpargata, que el antiguo llanero no habría podido usar en la sabana, porque resbala sobre el estribo y la hierba y sería peligrosa al jinetear ó torear.

En cuanto á la habitación, ha progresado algo, si comparamos lo dicho por el Gene-

ral Páez con la casa del taimado *Palmarote:*

«Tenía, á lo que pude averiguar, una sola pieza, que hacía de sala, de dormitorio, de comedor y de despensa, según los casos. Por cierto que esta aglomeración de papeles *en un solo individuo* me hizo recordar estos *hombres múltiples,* que suele haber en algunos de nuestros pueblos más atrasados, los cuales hacen de juez, de médico, de abogado y hasta de cura, según la necesidad. Hé aquí el mobiliario: una butaca de los tiempos del Corregidor, una mesa que supongo de la misma fecha, según lo temblorosa y chillona que se había puesto, la cual mesa era además una cómica consumada, pues á las diez de la mañana y á las cuatro de la tarde hacía de *mesa de comer;* si apuraba mucho el caso, hacía de *escritorio;* de noche era un ropero muy regular, pero muy mal tinajero, por cuanto el gato se daba sus artes de beber agua á medias con el amo; y por temporada servía de *urna mortuoria* á algún marrano que se matara en la casa, de

lo cual daban fe las reliquias de sangre y grasa que iba dejando en ella esa especie de sacrificio.

«Al frente de la puerta se veía una especie de ventana, que probablemente abrirían allí por *pública honestidad*, como dicen los canonistas, pues para dar luz á la pieza era demasiado chica, y para dar vista á la calle era demasiado alta. En las paredes laterales había varias estacas enclavadas á guisa de roperos. De una pendía una espada en actual servicio, con su banda colorada, por más señas: de otra un fuste viejo, dado de baja: de aquélla un par de sueltas, utensilios indispensables para todo llanero graduado en la facultad: de ésta un hierro para marcar ganados: de la de más allá pendía una crucesita de palma, probablemente del domingo de Ramos último, y con la cual creía Palmarote estar seguro contra rayos y aun contra el diablo, si éste se descuidaba: de la de más acá colgaba una especie de cartera de piel de venado, en donde tenía Palmarote resumido su botiquín de campa-

ña, á saber: raíz de mato, fruta de burro, raíz de escorzonera y corteza de naranja. Esto lo aseguraba, decía él, contra la « puntá » y el «tabardillo.» (1)

¿Y el Café?.. ... ¡Ah, el café!

Cuando el padre Mohedano plantó en el valle de Caracas los primeros cafetos, jamás llegaría á imaginarse que creaba la mayor delicia del llanero.

Este abandonó el nutritivo pichero, similar del *koumys* de los tártaros, que la ciencia actual emplea para usos medicinales; y colocó por sobre todo el café, creándose con su uso la primera necesidad.

El café para el llanero es algo más que el Mate para el gaucho y tanto como la Coca para el indio boliviano.

Y podrán faltarle el pan y la leche en su choza, pero jamás el café, para su propio regalo y obsequio de sus amigos.

Y es que al llanero, de complexión excitable é imaginación vivaz, la acción esti-

---

(1) Daniel Mendoza.—*Palmarote en San Fernando.*

mulante del fruto de esta celebrada rubiácea; además de disminuirle la necesidad de tomar alimento y hacerle más apto para soportar las fatigas, le produce cierto estado de ánimo muy bien expresado en estos versos:

«Si estoy triste y cuidadoso
Y afligido y macilento,
Tú haces volver la alegría
Cuando á mis labios te llevo.»

Y en verdad que los que no han saboreado una taza de café en el rancho del llanero, no saben lo que es el ponderado Moka!

Dadle al llanero mal aguardiente, mal tabaco ó mala cena, pero nunca mal café; porque él no toma achicoria, brusca, ni maíz tostado, sino el grano mejor que produce el país.

Prácticamente ha aprendido á hacer esta infusión agradable por su sabor y por su aroma, y la toma con tal delectación que hay que repetir con un inteligente escritor,

que «el café forma con el caballo y la hamaca los dioses penates del llanero.»

Me recuerda el fecundo y siempre oportuno Bolet Peraza la manera original cómo hace el llanero su café cuando se halla en los trabajos de sabana. Copio con placer el párrafo de su carta en que se refiere á dicho asunto, para que se admire una vez más lo agudeza de ingenio del llanero y la acuciosidad del escritor, siempre patriota, á quien debo además algunos de los cantares que figuran en este libro y que generosamente me envió desde las orillas del Hudson, empeñando así más y más mi gratitud.

Hé aquí el párrafo:—«Leyendo la parte en que usted refiere lo mucho que el llanero gusta del café, recuerdo el modo ingenioso con que los llaneros hacen su café en la totuma sin que se les queme ésta. Hacen una hoguerita en la cual ponen unas piedras, ó sean guijarros, y cuando éstos están rojos de calientes, los van echando en la totuma, en la cual tienen ya disuelto

el café en el agua. Los guijarros van calentando el líquido hasta hacerlo hervir, y así logra esa gente preparar su deliciosa bebida y conservar el receptáculo para otras ocasiones.»

LIBRO III

—

CARACTER DEL LLANERO

—

SUMARIO.— Procedencia. — Fisonomía. — Facultades físicas.—Pasiones. — Hospitalidad.—El llanero y el gaucho.—Rozas [1] y el General Páez. — Estancación. — Necesidades. — Rutina.— El ganado y sus productos.—Marcas.—El oido y la vista del llanero. — Su retentiva.—Los animales y las estaciones.—Trato del llanero. —Su lenguaje y sus ocurrencias.

—

De los habitantes de las tres zonas en que se divide el país, obsérvanse en el llanero ciertas peculiaridades que lo distinguen de los demás.

---

[1] Sobre la verdadera ortografía de este apellido, véase Rozas—*Ensayo histórico-psicológico* por Lucio V. Mansilla.—París.—1899.

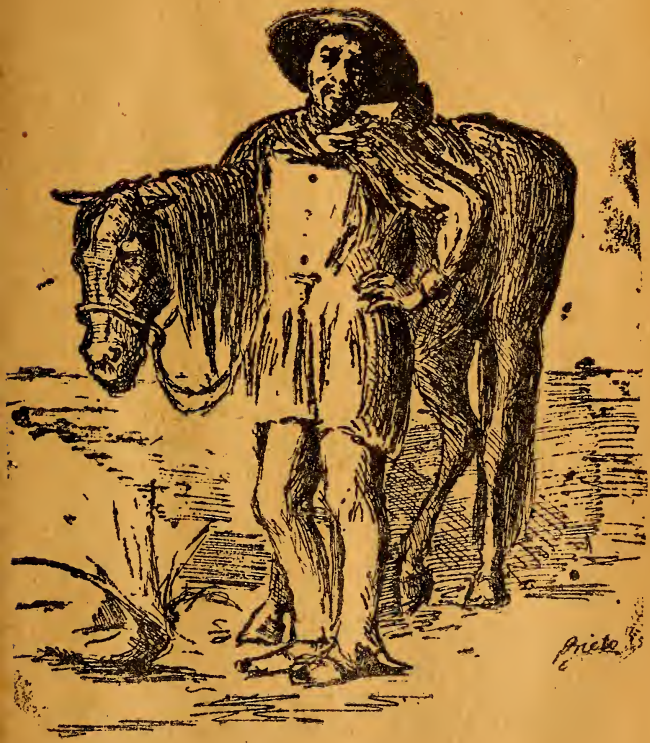
Este hijo de las llanuras es el producto del cruzamiento entre las razas española, indígena y africana, y «sus costumbres y carácter, por una singularidad curiosa, eran y son aún tártaras y árabes, más que americanas y europeas. (1)

Esta mezcla de sangres y el *medio* topográfico originan su fisonomía y su manera de ser.

El señor J. M. Samper lo describe así: «Moreno, delgado, membrudo, anguloso y cartilaginoso; su mirada tiene al mismo tiempo reflejos salvajes ó feroces y una expresión intermitente de candor y dulzura. Su voz es muy fuerte, como lo exige la necesidad de hacerse oír en abiertas y vastísimas pampas;» y puede considerársele como «el lazo de unión entre la civilización y la barbarie, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral; entre la sociedad con todas sus trabas convencionales, más ó menos artificiales, y la soledad imponente de

---

(1) Baralt.—*Historia antigua de Venezuela.*


Prieto

los desiertos donde sólo impera la naturaleza y su solemne majestad.»

En la compleja naturaleza del llanero se reflejan á un tiempo: la indolencia y la bondad de corazón del indio; la movilidad y la alegría del africano, y la fortaleza y el ingenio de la raza conquistadora; y por encima de todo esto el sentimiento genial de los pueblos pastores por la independencia individual.

«Ama, dice Baralt, como su verdadera y única patria las llanuras.

«Fuera de ellas, sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo.»

«Acostumbrado — agrega la baronesa de Wilson—á vivir en las orillas de aquellos ríos, en mares de lozano y eterno verdor, no se avienen con la existencia de la ciudad ni con los usos sociales. Prefiere su caballo, su vida del campo, su guitarra, á todos los placeres de los grandes centros.»

La necesidad de luchar continuamente con los elementos y las fieras y precaverse contra los innúmeros peligros que rodean siem-

pre su existencia, desarrollan de una manera prodigiosa sus facultades físicas; y así, al aceptar el combate, su audacia y su valor son increíbles.

Pero acostumbrado á bastarse á sí propio en todas las situaciones de la vida, se ha hecho arrogante, astuto y cauteloso; y siente marcado desprecio por todo aquél que no tiene los hábitos, los modales y hasta el traje de él.

Su amor á la vida errante le ha hecho considerar como asfixiante la atmósfera de las ciudades; y en cuanto á religión, en medio de sus prácticas supersticiosas, instintivamente es panteísta.....

«Injustamente se le ha comparado en todo á los beduinos. El llanero jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y honor como aquellos bandidos del desierto: bajo su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le ve rechazar con noble orgullo el precio de un servicio. No puede decirse de él que sea generoso; mas nunca por amor al dinero se le ha visto

prostituirse, como raza proscrita, á villanos oficios. Igualmente diestros, valerosos y sobrios que las razas nómades del Africa, aman como ellas el botín y la guerra, pero no asesinan cobardemente al rendido, á menos que la necesidad de las represalias ó la ferocidad de algún caudillo no les haga un deber de la crueldad.» (1)

Ciertamente que en el pecho del llanero se desarrollan fuertes pasiones que le hacen en ocasiones terrible en sus venganzas, pero no existe de ordinario esa ferocidad del salvaje que muchos han supuesto en él.

Posee un alma indómita que le lleva á la vida errabunda y solitaria de la pampa; y abandonado á sus propios instintos, sumamente pobre é ignorante; el llanero, á quien á las veces debe juzgarse más bien extraviado por falsas ideas, que corrompido y perverso, hace sentir cuando llega el momento el peso de su indignación, como hom-

---

(1) Baralt.—*Obra citada.*

bre que aprecia la dignidad humana y considera á los demás de igual á igual.

Siempre fue la venganza propia de los caracteres enérgicos, y el llanero, como lo aseguró Samper, «tratado con dulzura es humilde como un cordero; pero ultrajado, es un tigre.»

Mas no se crea que es sordo á la voz de la piedad y de todo sentimiento generoso; «en su corazón afianza sus raíces la gratitud como una planta bendita; y así vésele consagrar con todo desprendimiento, á ser útil en lo posible á su bienhechor.» (1)

Por el extenso territorio de los llanos cruzan en todas direcciones viajeros, traficantes en ganado, agentes comerciales, buhoneros etc., que conducen caudales con frecuencia, y jamás se cometen atentados á la vida ó contra los intereses del viandante.

«Fácil sería atraparlos en una sabana, ó caerles encima al favor de una mata de monte, ó en las angustias del vadeo de un

(1) Miguel Tejera.

Priebe

río; pero á nadie se le ocurre acrecentar su hacienda á tal escote. Antes bien, los pobladores socorren al viajero en sus quebrantos, lo protegen contra los animales feroces, lo dirigen en el laberinto de sabanas y lo ponen del otro lado de los caños, á buen recaudo de los caimanes, del caribe y del pececillo temblador que produce calambres mortales.

«La hospitalidad es ferviente como entre los árabes, pero más franca, y no termina en el umbral de la puerta, quedándole á uno siempre enigmático el desierto; sino que el llanero festeja del mejor modo posible á su huésped y luego endereza el rumbo del viajero por donde más le convenga.

«Desde que os manda «desensillar,» podéis contaros en vuestra casa. El dueño es un hombre prevenido: diríase huraño ó malicioso; da vueltas mentales á sus intereses mientras os acomoda; pero al punto se ahogan sus recelos y os pertenece en cuerpo y alma. Se pone en movimiento la quesera en vuestro servicio; la cabalgadura tendrá fo-

priolo

rraje y vigilancia; vos, mesa limpia y socorrida, y vuestra servidumbre un tronco al amor del fogón para sentarse á comer y charlar mientras llega la noche.

«Entonces se refieren peripecias de la vida real, amores, cacerías tremendas, lidias de toros famosos, expediciones lejanas; y con el mismo aplomo se cuentan, como evidentes, consejas de brujerías, leyendas fabulosas y aventuras extraordinarias. La invención no es grosera, sino noble y poética, y por rudo y mal zurcido que vaya el cuento, hay en él una manifiesta tendencia á honrar el valor y á premiar las virtudes en conflicto.» (1)

También se ha comparado al llanero con el Gaucho.

Cierto que su vida y sus costumbres tienen muchos puntos de contacto, pero hay alguna diferencia entre sus condiciones morales.

Esa especie de instinto de locomoción, común á los dos, parece más acentuado en

---

(1) Juan de Dios Uribe.

el último; lo mismo que la inclinación al juego, la bebida y el holgorio.

Su menosprecio por el habitante de la ciudad llega hasta el odio; su soberbia es tal, que se creería humillado si exigiera un servicio, aun á sus mismos compañeros; siendo muy peligrosos sus instintos criminales, que lo llevan hasta á reunirse en gavillas para asaltar como el beduino.

Por lo demás, entre el llanero y el gaucho existen grandes analogías, pero, moralmente, me parece el primero superior al segundo.

Y en cuanto á sus trajes respectivos, el del gaucho es más extraño y pintoresco; el del llanero, más ligero y sencillo, como lo exigen lo ardoroso del clima y las inundaciones de su territorio.

De modo que, á pesar del aislamiento social en que vive, de su extrema pobreza y de su profunda ignorancia, no está destituido el llanero de esos nobles sentimientos que reclaman la hospitalidad, la gratitud y el patriotismo.

Y aunque soy enemigo de comparaciones, no creo demás recordar aquí: que si de entre los gauchos surgió aquel abominable Rozas que eclipsó en la Argentina los crímenes de Nerón y alcanzó una triste celebridad en la historia de América; los llaneros de Venezuela tienen la inmensa satisfacción de haber producido al admirable Páez, á quien el Gran Bolívar calificó de *Primera lanza del mundo;* y quien supo, por su amor á la gloria y la virtud del patriotismo, elevarse desde el mísero estado de peón hasta la Primera Magistratura del País y merecer el título de *Ciudadano Esclarecido*, y al que justamente se ha tributado el honor de que sus venerandos restos reposen en el Panteón Nacional; y hoy, por decreto del Gobierno del General Cipriano Castro, se inmortalice en el bronce su recuerdo, como ya lo está en la conciencia nacional, en la cual grabó la gratitud el nombre del perínclito Vencedor en Queseras del Medio y Carabobo!

Daniel Mendoza, el renombrado autor de *Palmarote*, dijo en unos inspirados versos:

Prior

«Orlada también de gloria
Levantas, patria, la frente,
Que tu espada prepotente
Dió fazañas á la historia.

Mil recuerdos lisonjeros
Guarda ese libro de ti:
Todos admiran aquí
Tu falanje de LLANEROS.

¿Qué más? ese gran coloso
Que tiene por pedestal
La conciencia nacional
Del pueblo más belicoso,

Es el héroe á quien la fama
Le tributa reverencia,
PÁEZ, nuestra Providencia,
LLANERO también se llama.»

Todo esto prueba que el llanero no es rehacio á la ley del progreso, pero que, abandonado á sus propias fuerzas, privado de todo elemento de cultura y oyendo tan sólo resonar en su oído alguna nota de la trompa épica, no es de extrañar su estancación en materia de adelantos.

Mas creo que es llegado el momento de

que se ilustre su razón; de que se cultiven, de acuerdo con los buenos principios zootécnicos, sus aptitudes para la industria pecuaria, á la cual debemos volver la vista esperanzados ante el desequilibrio económico producido por la depreciación del café; y no seguir halagando el oído haciéndole creer que es todavía el viejo lancero de otra época, sino repetirle con franqueza estos juiciosos conceptos de Eloy G. González:

«La mecánica moderna lo sometió al fin con sus poderosas máquinas de exterminio y de pelea; y allá ha muerto el Centauro, entre las malezas de la tierra llanera, como un viejo león herido; solitario en sus guaridas, despoblada la melena, inermes las fauces, y extenuado por medio siglo de batallas y de audacias.»

Es necesario enseñar al llanero, pero con hechos, porque él es positivista y no entiende de teorías, que mientras tenga el método rutinario de cuando Cristóbal Rodríguez introdujo el ganado en los llanos, permanecerá en la pobreza y las poblaciones llane-

ras continuarán en su hundimiento, *á pesar del aumento de la cría;* porque el porvenir de esta industria y la prosperidad del país hay que basarlas en la exportación del ganado y de sus valiosos productos.

Pero para ello es indispensable hacerle comprender, que debe comenzar mejorando la cría por medio del cruzamiento con razas superiores y de una selección esmerada, porque nuestros ganados en su mayor parte, por *flacos* y por *bravos*, no se pueden exportar; ni servirían tampoco para la preparación del tasajo destinado al mismo fin, por su inferior calidad.

Es decir, que es de todo punto conveniente introducir sementales de razas finas, si se quiere tener reses de grandes masas de carne y grasa, ó famosas vacas lactíferas; fomentar la siembra de pastos apropiados para la cría y engorde, como lo aconsejan de consuno la ciencia y la experiencia.

Y asimismo, hacerse de buenos reproductores para obtener caballos vigorosos, de tiro

y de carrera, y reemplazar nuestros enjutos caballitos.

Y aprender la preparación de carnes en conserva, el curtimiento de toda clase de cueros, y la fabricación de quesos, mantequilla etc., por los métodos modernos; á la vez que adoctrinarse en la Veterinaria para medicinar bien sus rebaños.

Abandonar, en fin, la rutina y hacer esfuerzos individuales para regenerar la cría, exigiendo tan sólo á los gobiernos algunas leyes protectoras.

Es verdad que el llanero ha tenido en la guerra un poderoso enemigo, cuyo grito tradicional ha sido, como donosamente dice Sales Pérez: *¡Viva la libertad, muera el ganado!.....*; pero no es menos cierto que también ha tenido otro muy grande en sí mismo, con su falta de formalidad y su inclinación á las revueltas políticas.

De modo que para mejorar su industria y darle vida, tiene él también que mejorar sus actuales condiciones, para ayudar á fo-

mentar la paz pública, que al fin se impondrá de algún modo.

Es decir, entregarse con resolución al trabajo y considerar como ajeno todo animal que no tenga su hierro y sus señales.....

Porque de la falta de respeto á la propiedad, surgen males como el que indica la graciosa y expresiva anécdota que sigue:

Dos colindantes amigos y por añadidura compadres, mataban con frecuencia ganado para el abasto de sus respectivos hatos; mas como uno de ellos se encontrara en trance de muerte, y el llanero, que no teme al toro bravo, al caballo salvaje, al tigre, ni al caimán, le tiene horror á las uñas del diablo; y mostrándole una tarja, le dijo:

—«Compae: creo que la sogá se revienta de un momento á otro..... y como deseo estar arreglao para cuando Dios me estaque el cuero, quiero que cuente los piquetes que tiene esa tarja, que son las reses suyas que me he comío desde que somos vecinos.....»

Contó el buen llanero los piquetes, y le dijo con cierta socarronería:

—«Muera sin corcoveos de la concencia, compae; que yo no traje mi tarja, pero creo que me le he ido por encima de la última tranca..... A padrote viejo no le relinchan potros, compae!.....»

En comprobación de lo que precede, trascribo el artículo IV de una serie que con el título LA VIDA EN NUESTRAS ZONAS publicó el inteligente escritor patrio señor Domingo B. Castillo:

«Al pisar la zona pecuaria, la más importante en el estado actual del desarrollo de nuestra riqueza, nos encontramos en el desierto abrasador, en medio del bienestar positivo del país.

Esa zona es variada y abarca principalmente las regiones del Guárico, Apure y Zamora.

La primera que se extiende por el Oriente hasta los Estados que tienen su capital en la costa, es la menos favorecida. La mayor parte del terreno es árido y por consiguiente el pasto es áspero y poco jugoso.

Las restantes tienen un suelo más unifor-

me; son las grandes estepas del llanero legendario y poseen una yerba suave y nutritiva.

La diferencia geológica y del forraje establece también notable diferencia en el producto y en el esfuerzo que se emplea para obtenerlo.

El guariqueño trabaja más que el apureño, y su trabajo le da menos resultados.

Mientras que en el oriente del Guárico, el gusano, las grandes sequías y la ingratitud del medio azotan la cría, el apureño y el zamorano apacientan sus rebaños sin zozobras y el animal se reproduce sin los inconvenientes que lo rodean en la región vecina.

El ganado se produce en esos lugares con la misma espontaneidad con que nace el pasto que lo alimenta.

El hombre se preocupa poco de la vida de la especie en general, y donde tienen una idea informe de la psicología del animal es porque poseen vacadas de ordeño.

Por lo demás, en todas partes se ve el

espectáculo de la vida pastoril primitiva; en todas partes impera la monotonía con que el pastor de la primera edad del mundo apacentaba sus rebaños.

Nada se ha hecho en el sentido de mejorar el terreno y los pastos. Y en cuanto á la selección de las especies y simplificación del trabajo por medio de pequeños fundos que faciliten la domesticidad del ganado, tampoco se ha dado paso alguno.

El llano es á este respecto lo mismo que era en los tiempos de la colonia. Una fuente de riqueza viva en poder de un tipo estacionario que no atina á darle forma expansiva á su inmenso centro de prosperidad.

Las grandes estepas de la República son la mansión de una colectividad que tiene la simplicidad del desierto y de la ocupación en que pasa sus días.

La imaginación del llanero no se conmueve con los arranques de la imaginación exaltada del hombre de la metrópoli.

Su vida paciente, rutinaria, imaginativa

y melancólica por la costumbre de ver siempre el horizonte de las pampas, oculta un carácter sensible ante los intereses que le rodean. Sobre este particular tiene el positivismo del tipo sajón.

El trabajo con la bestia, cuya inclinación agresiva está poco ó nada dulcificada, y al lado de la cual se desarrolla su calor humano, le ha dado cierta reflexión que no es común en los habitantes de las demás zonas.

La malicia y sagacidad con que procede en las faenas empleadas para dominar al bruto le han dado esa cualidad.

Ese producto de su vida experimental constituye el dato más importante de su personalidad interna. En sus relaciones sociales se exteriorizan esas peculiaridades en forma que determinan un tipo por demás cauteloso.

Su organización social es de lo más esparcida. En el llano cada hato es una pequeña agrupación que tiene la compañía del re-

baño y la tranquilidad abrumadora del desierto.

Las ciudades son centros comerciales y residencia de los hombres pudientes, y es de notar que en esos núcleos sociales no hay la aglomeración de vagos que se encuentra en la mayor parte de los establecimientos del resto de la República.

La prodigiosa hoya hidrográfica en cuyos contornos están diseminados los grupos pastoriles conserva aún toda su virginidad por falta de brazos y de inteligencias previsoras y progresistas.

Los ríos y caños se tragan anualmente una cantidad considerable de los rebaños que los pasan á nado. Y todavía el llanero no ha pensado en la construcción de un puente sobre ninguna de las grandes vías fluviales que atraviesa todos los días.

En todas las estepas y en muchas poblaciones y caseríos se carece de agua para la gente y los animales, y nadie piensa en abrir pozos con molinos de viento para obtener ese elemento de vida.

La idea del progreso no se asocia á los cálculos del llanero.

Los esteros que tanto perjuicio le causan, tampoco le preocupan; y por lo que se refiere á los terrenos labrantíos que posee, los cultiva en parte cosechando en ellos algunos frutos menores en cantidad inapreciable. No faltan plantaciones de caña con trapiches semejantes á los que se encuentran en los alrededores de Caracas.

La inclinación dominante es la cría; lo demás se ve con indiferencia.

La acumulación del capital en oro es el gran pensamiento del llanero.

Nadie ignora que en el llano hay sumas considerables de ese metal paralizadas por la incuria de sus dueños.

Este tipo fuerte, tostado, acostumbrado á las sensaciones violentas por el oficio de domar potros y toros con el esfuerzo físico, tiene alta representación en la historia del heroísmo venezolano.

La ocupación ruda, azarosa y atrevida,

justifica y explica el papel que el llanero ha representado en la tragedia nacional.

Por lo demás, la naturaleza de la vida pastoril que es de suyo extraña al espíritu inventivo, le señala puésto secundario en la labor social.

El arte pastoril produce el bienestar de que disfruta el llanero y es de incuestionable utilidad para las demás zonas, pero la variedad del tipo que lo cultiva será siempre por ley natural indiferente á los principios que rigen en las asociaciones complicadas.

Y es natural semejante desenvolvimiento, porque su trabajo, en extremo elemental: recolección del ganado, ordeño y fabricación de quesos, lo mismo que su vida aislada y si se quiere libérrima, lo alejan del estado social que tiene leyes permanentes como las que rigen en el mundo físico.

La entidad psicológica que se forma en ese medio, es humana y útil, pero ya lo hemos dicho, no puede influír en la civilización del país.

El llano, tal como se halla actualmente, es un centro productor de carne.

Transformado por una población industrial, será el primer centro geográfico de la República.»

Sin embargo de su apego á la rutina, el llanero es ingenioso para aplicar los productos de su industria á muchos usos.

Vivo ó muerto, se vale del ganado para todo.

Además de la carne, la grasa, el cuajo, la leche, el queso, la mantequilla, el suero etc., utiliza para usos medicinales: el cuerno, la pezuña, el bolo, la leche, el suero, la crema, el queso, la manteca, el sebo, la sangre, los orines, la hiel, el cuajo y la boñiga; dándole á la vez otras aplicaciones á estos mismos productos.

El cuero lo emplea: para sogas, forros de fuste, corazas de silla, guardabastos, aciones, gruperas, cinchas, correas, cabezadas, bozales, tapaojos, riendas, sueltas, maneas, aciales y zapatos para bestias; carapachos de enjalma, lazos, arristrancos, pretales, ta-

pas, mochilas y petacas; cueros para dormir, catres, campechanas, sillas y butaques; polainas, cotizas, fajas y vainas de machetes y cuchillos; botes para pasar los ríos (1). para la leche y zurrones para guardar frutos; parihuelas, tamices, tarjas, chicotes, torcidos, bandolas, mandadores, forros para taparas y botellas; garnieles, bolsas para yescas etc.

Además, el llanero empleó los cueros en la guerra de la Independencia para atarlos con sogas á la cola de caballos cerriles, como estratagema para sorprender al enemigo.

De los cuernos fabrica: estribos, cachos para beber agua, para tocar, cargar aguardiente, guardar pólvora, y medidas para ésta; fosforeras, estuches, cachas de cuchillos y ma-

---

(1) «El procedimiento para hacer los botes es el siguiente: Se toma un cuero, y pasando una soga por los agujeros que se hacen en sus extremos, se meten dentro los efectos, y recogiendo la soga hasta cerrar y asegurar lo que queda dentro, se hace un nudo y se echa al agua el bulto, el cual va tirado por un cordel que lleva el hombre en los dientes.»
Páez.—*Obra citada.*

chetes, punzones para agujerear correas y paletas para tocar bandolas.

De la vejiga hace: bolsas para el tabaco de mascar y marimbas.

De los huesos: cabos para los hierros, paletas, punzones y escarbadientes.

De la cerda: riendas, cabezadas, gruperas, rejos, hicos y cabestros de ensillar.

Del véretro: bozales y magníficos bastones.

Curiosa es la manera y los nombres de las señales de que se vale el llanero para marcar el ganado vacuno en las orejas.

Véase el grabado en la página siguiente.

1 (Oreja natural).—2 Agujero.—3 Arpón.—4 Boca de cangrejo.—5 Bocado.—6 Bonete.—7 Cruz.—8 Hachuela.—9 Hoja de higuera.—10 Hoja de parra.—11 Horqueta.—12 Levado.—13 Martillo.—14 Media puerta.—15 Peine.—16 Piquete.—17 Punta de lanza.—18 Tarabita.—19 Tronce.—20 Zarcillo.

Las marcas números 17 y 19 están prohibidas por la ley, ó sea el uso de una en ambas orejas, ó de las dos simultáneamente; lo mismo que el hierro de la forma llama-

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

da troja, de que se valen los llaneros de mala fe para cachapearle el hierro á los animales ajenos y apropiárselos.

Tiene el llanero, como el indio, muy desarrollados los sentidos de la vista y del oído; y una gran retentiva para todo lo que se relaciona con su industria.

A larga distancia distingue el color de las reses y sigue el rumbo de éstas por las huellas á dondequiera que vayan.

A veces, entre varias pisadas, por la forma, conoce la de su caballo; y lo busca y no se equivoca.

Aplica el oído al suelo y, por el ruido, sabe si es de gente ó animales, si son pocos ó muchos, y si vienen ó van.

Marcha siempre por travesías con rumbo cierto; se da cuenta aproximada de las distancias que recorre; recuerda el paso del caño, el árbol ó la mata por donde ha pasado una vez, y por el color de la vegetación conoce los lugares donde hay agua.

Tiene una gran habilidad para orientarse en dondequiera que se halle.

Se vale el llanero de los animales que lo rodean para conocer la entrada de las estaciones.

A ese respecto escribió el doctor Arístides Rojas en su bellísima prosa: «Elocuente es el gabinete de los metereologistas animados en las regiones de las sabanas, cuando oyen en lontananza los primeros truenos precursores del invierno. El caballo retoza y relincha, el toro eleva la cabeza y ventea; ambos han sentido en el aire un aroma de vida que los invita á mirar al cielo. Entre tanto ruge el jaguar en medio de la maleza, los monos araguatos gruñen antes de nacer el sol, y el zorro astuto aúlla en sus cuevas.

Más tarde, cuando principia la gran emigración de los metereologistas alados, el toro muge, escarba la tierra con sus patas delanteras y solicita las alturas: el invierno está próximo y ha sonado la hora de la partida; porque las sabanas van á convertirse en océano, y sólo el metereologista alado tiene el derecho de posarse sobre las aguas.»

A un nuevo ordeñador se le entregan las

cincuenta vacas que constituyen la tarea; éste se informa de sus nombres, y no sólo los aprende en breves días, sino que las llama por su orden sin equivocar ninguna; conociendo al momento el nombre de la vaca que se le ha quedado en la sabana y brama en la madrugada fuera del corral.

Pero lo que es más admirable!

Recibe un llanero una partida de reses por la tarde y la encierra.

Por la noche dos toros peleando rompen el corral y se salen cuatro reses.

Al amanecer cuenta y revisa el ganado, y dice:

—Falta el toro encerado oreja gacha, un novillo lebruno, la vaca borcelana rabo tuerto y un torete barroso.

Los sigue por las huellas, y pocas horas después vuelve al corral con las reses indicadas.

Dondequiera que se reunen dos llaneros versan sus conversaciones sobre sabanas, cogidas de vacas, animales extraviados, condiciones de los caballos etc., y se pintan los

hierros en el suelo para hacerse encargos mutuamente.

Una ocasión, por semana santa, se hallaban dos hijos de la pampa en una función de iglesia, y uno de ellos no quitaba la vista á la imagen del Nazareno.

El párroco predicaba de un modo muy patético sobre la pasión de Jesucristo; y el buen llanero conmovido agarra al compañero por el brazo, y le dice en tono de convicción:

—«¡Compae!: si yo hubiera estao allí, le meto el mocho castaño y no le ven ni el celaje!.....»

Es costumbre tradicional en el Llano el trato fraternal; y así es frecuente valerse de las palabras siguientes: socio, vale, medio-vale y compañero; ó cuñado, pariente y hermano (ó «mano»), sin que hayan vínculos de familia.

Esto hace más cordiales las relaciones de amistad y da origen á prestarse mutuos y desinteresados servicios entre las personas que lo usan.

También se nota en el llanero la costumbre inveterada de poner apodos, no sólo á las personas á su servicio, sino á la generalidad.

Ello podrá ser alguna vez demostración de cariño, pero arguye más bien travesura de ingenio y cierta causticidad propia de su carácter, si nos fijamos en la clase de nombres que elige de preferencia; no siendo raro que algunos de éstos se trasmitan por herencia y conozcamos familias enteras más por el apodo que por su propio apellido.

Pero hay que confesar que, generalmente, hay gracia en la elección de tales nombres; lo que nada tiene de extraño, atendiendo á que el llanero usa un lenguaje pintoresco, oportuno, y muy gráfico en sus comparaciones.

De tal modo, que cuando él hace un negocio con alguno y se cree asegurado, dice que tiene al otro «enlazao de cacho y quijá;» y si hay quien le advierta que el individuo puede jugarle una mala pasada, con-

testa: «déjelo que corcobé pa quitale los brincos.....»

Aconsejaba yo á un llanero para que desistiera de un pleito:

—Mire, amigo mío, que esos asuntos son siempre desagradables y es preferible arreglarlos amistosamente.

—«No, dotor, yo conozco elsebo de mi ganao: ese hombre es mandinga por las uñas; me jerró el maute en lo que se presina un cura loco, y le tengo el jierro encerrao.»

—¿Pero usted no ha oído decir que es mejor un mal arreglo que un buen pleito?

—«Yo no soy estudiao, dotor, pero tengo el hombre bien cogío, y si patalea, se ajorca: lo que es ahora, ó me da la yegua, ó le mato el potro!»

Solicitar á una persona, es «sabanearla;» contestarle oportunamente á alguno, es «salirle en la paleta;» ser hombre de talento, es «tener tabaco en la vejiga;» «estoconarse» es quitarse el sombrero delante de alguna persona de respeto; y así por el estilo.

Recuerdo que en una ocasión fuí presentado

á uno de esos llaneros rancios, quien me había visto hacía algunos años, y aseguró que me conocía *desde pollinito*.....

Otra vez ese mismo llanero me dijo:

—Dotor: quiero que me dé un remedio.

—¿Y qué tiene usted?

—Que llevé un zapatazo en una pata de atrás, más arriba del maniadero.....

—Pero ese es un matrimonio desproporcionado,—dije yo en cierta ocasión á un llanero amigo mío: ya su edad es avanzada, y esa niña es muy joven!

Se paró de repente, y dándome una fuerte palmada en el hombro, me gritó muy reído:

—«¡No, dotor: á caballo cansao, chaparro nuevo!.....»

A otro hijo de los llanos, con quien tuve buena amistad, le pregunté una vez:

—¿Y por qué acostumbra usted siempre poner la mano en forma de tubo en la boca cuando habla?

—«Pa agarrá, dotor, las palabras malucas antes que se me salgan.....»

De recomendar es tan prudente costumbre, sobre todo á los políticos declamadores, tan abundantes en esta zona,

donde nacen Ministros á docenas
y cada madre da á luz un General!.....

LIBRO IV

POESIA DEL LLANERO

SUMARIO.—Afición del llanero á la musica y el canto. — Carácter peculiar de su musica y su poesía.—Facilidad para improvisar.—Opinión de Vergara y Vergara.—El doctor Arístides Rojas y la poesía popular venezolana.—Romances y coplas.—Amor del llanero al caballo.—El caballo en la historia, la poesía y la fábula.—El caballo heráldico.—Deseos del autor.

El hijo de nuestras llanuras es muy aficionado á la música y al canto, é improvisa con bastante facilidad coplas y romances muy graciosos, en que luce la agudeza de su ingenio.

Su música es tan heterogénea como su origen, y refleja por atavismo los diversos ca-

racteres que contribuyen á la formación del suyo; y así es á un tiempo melancólica, cadenciosa y llena de gentileza.

El yaraví, característico de los llanos, es un canto profundamente triste.

Diríase que es una queja íntima, una reminiscencia de la pesadumbre de las razas que lloraron la pérdida de sus libertades.

Cuando el llanero conduce los ganados á través de aquellas inmensas soledades, entona para guiarlos un canto dulce y melancólico; y es tal la influencia que ejerce sobre aquéllos, que parecen marchar como atraídos por un acento mágico.

A veces, en el silencio solemne de la pampa; á la poética luz de la luna y bajo alguna palmera que agita su abanico movido por la cálida brisa, canta el llanero sus trovas peregrinas, y

Brotan del inculto cancionero
La copla, el tono triste y el romance.

Mas hay que considerar la índole de esos cantos que nacen bajo los merecures y cha-

parros y que cual la garza que atraviesa los esteros, vuelan á todas partes, se graban en el corazón del pueblo y animan y conmueven cuando se oyen recitar.

Vergara y Vergara, citado por el doctor Arístides Rojas, dice, refiriéndose á la poesía popular en las llanuras de Colombia contiguas á las de Apure:

«No ha habido ningún poeta culto de los llanos; el pueblo compone lo que canta y canta lo que compone. No acepta coplas de otras tierras. Sus composiciones favoritas son romances aconsonantados, que llaman galerones, y que cantan en una especie de recitado con inflexiones de canto en el cuarto verso. Es el mismo romance popular de España, y contiene siempre la relación de alguna grande hazaña, en que el valor y no el amor es el protagonista: el amor es personaje de segundo orden en los dramas del desierto. Indudablemente tomaron la forma del metro y la idea de los romances españoles; pero desecharon luego todos los originales y com-

pusieron romances suyos para celebrar sus propias proezas.» (1)

Y también esto es verdad con relación á Venezuela.

El llanero ha impreso fisonomía á la Pampa y ha escrito su nombre de manera indeleble en las páginas de la Historia.

Tiene costumbres propias, lo que es prueba inequívoca de que posee un alma vigorosa; y su lenguaje, ya lo hemos visto, es original, donairoso y muy abundante en frases que, oídas una vez, no es fácil confundir y mucho menos olvidar.

Y así no es extraño que las producciones poéticas del llanero tengan también el sello peculiar de su origen.

Era opinión del citado doctor Rojas, *folklorista* distinguido, «que en la región occidental y la oriental de Venezuela, el Cancionero popular ostenta otro carácter, pues tiene mucho del Cancionero español, sobre

---

(1) J. M. Vergara y Vergara.—*Historia de la Literatura de Nueva Granada etc. etc.*

todo en las costas del Coquibacoa y de Cumaná. Las canciones, romances, coplas y glosas del poeta popular en estas localidades, tienen sabor andaluz.»

Sobrentiéndese que son cantos sencillos, graciosos y llenos de fuego, inspirados por el amor ideal de la mujer é impregnados del aliento voluptuoso que exhalan los poéticos cármenes de las bellas riberas del Betis.

Para apreciar los cantares llaneros es necesario fijarse en la tiránica influencia del medio.

El llanero ha tenido que luchar con una naturaleza imponente y agreste; en un territorio de hermosos y dilatados horizontes, pero expuesto á las inundaciones periódicas, y fecundo en animales dañinos; en el que el sol y las tempestades se dejan sentir con la energía del trópico, y la vida del hombre se halla rodeada de peligros.

Por ello la poesía que inspira la solitaria pampa á su habitador, refleja, antes que todo, el valor, la destreza, la agilidad y la astucia del hijo de las llanuras.

Sus coplas y romances carecen de los suaves contornos, del sentimiento tierno y de la poética idealidad que caracteriza los cantos que inspira la mujer en otros medios.

Veamos algunas muestras de la musa popular de los llanos.

CORRIDO (1)

—

En el hato de Setenta
Donde se colea el ganao,
Me dieron para mi silla
Un caballito melao;
Me lo dieron por maluco,
Y me salió retemplao.

Más acá de sí sé dónde,
Juntico de la quebrá
Iba yo, ya nochecita,
Y hallé la tigra cebá;

(1) Este corrido, según el doctor Arístides Rojas, se remonta á los primeros años del siglo pasado, y fue publicado por la primera vez en la mencionada obra de Vergara y Vergara; pero entre la copia de éste, la del doctor Rojas, que data del año 1824, y la que publico aquí, se nota alguna discrepancia.

No sé qué estaba pensando
El dianche de condená,
Que así que me vido encima
Me tiró una manotá.

«Juyiste!»—dije á la indina,
No sea busté tan malcriá,
Que pa saludar á un hombre
No se le tira á la cara.
¿No ve que el morcillo es potro
Y que se asusta de ná?

Por lados del llano abajo
Donde llaman Parapara,
Me encontré con un becerro
Con los ojos en la cara;
El rabo lo tenía atrás,
Tenía pelos en el cuero,
Los cachos en la cabeza
Y las patas en el suelo;
Abajo tenía los dientes
Y arriba no tenía ná,
Y en medio de las quijá
Tenía la lengua enredá.

Me llaman el «tantas muelas»
Aunque no las he mostrao,
Y si las llego á mostrá
Se ha de ver el sol eclisao,
La luna teñida en sangre,
Los elementos trocaos,
Las estrellas apagaas
Y el mesmo Dios armirao.

Para saltos, el conejo,
Para carrera, el venao;
Yo me parezco á los tigres
Y al león en lo colorao.
Yo no soy de por aquí
Yo soy de Barquisimeto:
Náide se meta conmigo
Que yo con náide me meto.

Yo soy nacío en Aroa
Y bautizao en el Pao,
No hay zambo que me la haya hecho
Que no me la haya pagao;
Que anoche comí culebra
Y esta mañana pescao;
Que los deos los tengo romos
De pegale á los malcriaos.

El que cantare conmigo
Ha de ser muy estudiao,
Porque lo tengo é dejar
Como faldriquera á un lao.

Conmigo y la rana, es gana
Que se metan á cantar
Que no me gana á moler
Ni la piedra de amolar,
Porque tengo más quintillas
Que letras tiene un misal.

Yo fuí el que le dió la muerte
Al plátano verde asao;
Cuando me lo dan, lo como,
Cuando no, aguanto callao.

Echenme ese toro afuera,
Hijo de la vaca mora,
Para sacarle una suerte
Delante de esta señora.

Y si el toro me matare
No me entierren en sagrao,
Entiérrenme en una loma
Donde no pise el ganao:
Déjenme una mano afuera
Con un letrero encarnao
Pa que digan las muchachas:
«Aquí murió un desdichao:
No murió de tabardillo
Ni de puntá de costao,
Como llanero murió
En los cachos del ganao.»

Mi mujer está muy brava
Porque otra me agasajó.....
¡Si yo tengo mi modito
Y me quieren, ¿qué hago yo?

Mi mujer cuando me cela
Es una vaca paría;
Pero yo le doy carpeta,
De noche como de día.

Yo te dí mi medio rial
Porque me hicieras cariños;
Sólo me hiciste una vez,
Me estás debiendo un cuartillo.

Mi mama me dió un consejo,
Que no fuera enamorao,
Y cuando veo una bonita
Me le voy de medio lao,
Como el gallo á la gallina,
Como la garza al pescao,
Como la tórtola al trigo,
Como la vieja al cacao.

Yo no soy de por aquí,
Yo vengo del otro lao,
Y me trajo un capuchino
En las barbas enredao.

Si hubiere alguno en la rueda
Que con yo esté incomodao,
Sálgaseme para afuera,
Lo pondré patiaribiao
Con este brazo invencible
Que Jesucristo me ha dao,
Que en estos llanos de Achagua
Yo soy el zambo mentao;
Yo fuí el que le dí la muerte
Al plátano verde asao,
Con un cabito de vela
Y un padre nuestro gloriaó.

He copiado en primer término este corrido, porque él caracteriza muy bien la poesía de la pampa.

Todo en ese romance es hiperbólico, fenomenal y jactancioso.

En el que sigue se nos presenta el mismo tipo valentón, especie de Tenorio vagabundo, amigo del amor libre como el potro que habita las llanuras.

Gusta al llanero cantar sus coplas y galerones en presencia de la reunión y, muy especialmente, de las damas.

Y á compás del tiple entretiene el auditorio con la narración de sus hechos fabulosos.

Estando enamoriscao
De una zamba en la Piragua,
Me dijo que la llevara
Para los valles de Aragua.
La zamba como era buena
Nunca se sintió aflegía
Y el caballo con los cascos
Hasta la tierra partía.
Una hoja de cinco cuartas
De la vaina se salía.

Yo cogí ese llano abajo
Lo cogí por travesía
Y en el hato de Antón Pérez
Hice la primer dormía.
Los piones en el caney
Ya se estaban convoyando;
Entre los piones había
Un blanquito muy nombrao;
Lo nombraban Hinojosa:
—Amigo, ¿é dónde es la moza?
—Yo le dije: blanco viejo,
Eso es mucho preguntá,
Jale por una silleta
Y póngase una sotana
Y véngame á confesá.—
El blanco era é pocas pulgas
Y allí me empezó á tirá,
Con asadores calientes
Me daban con carne asá.

En los versos que van á continuación se manifiesta también su natural fanfarria, pero está bien expresado el valor del llanero, que es indudable.

Huracán pasa por casa
Tempestad por mi ventana,
Río crecío sal al camino,
Tigre, vente á mi sabana;
Toro bravo á mi corral,
Candela, al palmarital.

Y verán si soy un hombre
De mirarme en los peligros
Cara á cara con la muerte
Con el corazón tranquilo.

Pero donde hay que oír al trovador sabanero es en los bulliciosos joropos.

Allí está en su verdadero elemento.

Cantan, alternando, *Turupial* y *Arrendajo*, como si dijéramos, la flor y nata de los poetas populares del Llano:

Cuando ensillo mi caballo
Y me fajo mi machete,
No envidio la suerte á náide
Ni aun al mismo Presidente.

Arrogante yo me siento
Cuando voy sobre el caballo,
En la pampa no transijo
Ni con rey ni con vasallo.

Tengo una lanza de Arauca
Con un cubo de platina
Y en la cintura terciada
Una Santa Catalina.

Price
1914

Yo no le temo á las balas
Ni á cuchillo ni á puñales
Ni á un hombre de vara y media
Ni de dos varas cabales.

Sobre la hierba, la palma
Sobre la palma, los cielos,
Sobre mi caballo, yo,
Y sobre mí, mi sombrero.

Hará cinco años y pico
Que no visito el Calvario,
Porque le dí en el jocico
Al Juez y al Secretario.

Yo quieto, tranquilo vivo,
Por eso nunca me alabo,
Yo sé para lo que sirvo
Y á náide le paso el rabo.

A malhaya un toro bravo,
O quién fuera un cascabel,
Para salir á un camino
Y trompezarme con él.

Yo no me meto con viejo
Ni tampoco con muchacho,
No le tengo miedo al toro
Sino á la vuelta del cacho.

Con mi coraza en la zurda
Y mi espada en la derecha
Métase el toro más bravo
Para dejarlo en la brecha.

Huyéndole á un toro bravo
Me tiré á la Portuguesa
Con mi caballo en la mano
Y la silla en la cabeza.

Las muchachas de Valencia
Me llaman el arrojao,
Porque me le meto á un toro
Con un trapo colorao.

Las muchachas de la Villa
Me llaman lanza en lo oscuro,
Porque cuando estoy cantando
Le aflojo la mano al pulso.

En Camaguán me conocen
Por mi fama de arrestao,
Y se dicen las muchachas:
«Ahí viene el mismo pecao.»

Yo fuera muy bien cuidao
Si estuviera en Arichuna,
Que allí con los forasteros
Todas las hembras son una.

Si recojo mi caballo
Me llaman faramallero;
Y si me duermo en la silla
Me llaman burro tusero.

Si la envidia me saluda
Yo le digo: «pobrecita;»
Yo no le temo al mal de ojo
Ni me asusta la pavita.

El toque de generala
Me da buen comprendimiento,
Porque si oigo la corneta
Responde mi valimiento.

Amigo no he dío á la guerra
Ni siquiera soy sordao,
No me diga general
Porque yo á náide he robao.

Yo conozco generales
Hechos á los empujones,
A conforme es la manteca
Así son los chicharrones.

Mientras haiga un general
No he de comprar ni una perra,
Porque ellos para robar
De ná forman una guerra.

Esto dicen, esto dicen,
Esto dicen los llaneros,
Que el que no sabe cantar
No sirve pa cabrestero.

El guariqueño no sabe
Cuánto puede una creciente,
Ni las vueltas que da un tronco
Llevado por la corriente.

Cuando voy á Guariquito
Siempre me vengo ostinao
De tánta plaga: puyón,
Jején, mosquito rayao.

Cuando yo voy á Caracas
Cargo mi carpeta lista,
Para librarme del cacho
De tánto blanco sablista.

El que me oyere cantando
Dirá: qué alegre está aquél,
Pero tengo el corazón
Más amargo que la giel.

Si supiera que cantando
Mis males se divertían
Me la pasara cantando
Toda la noche y el día.

Unos dicen que cantando
Divierto los males míos;
Cuando estoy á solas lloro
Y en conversación me río.

¿Que no llore? compañero,
Cómo no voy á llorar;
Como si la usencia fuera
Remedio para olvidar.

Ausencias causan olvido,
Lo sé porque estoy ausente,
Y es el amor de estos tiempos
Misa de cuerpo presente.

Acordarme no quisiera
De aquellos tiempos pasaos
Cuando gocé de tu gloria,
Tiempos, cómo te has mudao!

Anoche dormí en el suelo
Teniendo tan buena cama.
¿Quién tiene la culpa desto?
El aguardiente de caña.

El aguardiente de caña
Es de tanta fortaleza
Que lo echan pa la barriga
Y se va pa la cabeza.

Borracho con rial no estorba,
Es refrán muy verdadero,
Por eso cuando me chispo
Lleno de rial el sombrero.

Todo el que bebe aguardiente
Lo tengo pronasticao,
Que ha de morir de repente
Con el estómago hinchao.

Soy un pájago en el aire
Soy un pato en el estero;
Y entre muchachas bonitas
Soy un loro conuquero.

Mujeres no me aguajén
Miren que las arponeo
Yo soy como el gavilán
Que en el aire me volteo.

Cuando me arrimo á un joropo
Yo soy el que me «meneo,»
Y con el patio me quedo
Si repico un zapateo.

Malhaya mi mala suerte;
Malhaya la suerte mía;
Viene un aguacero blanco
Y mi cobija perdía.

Tengo el sombrero rompío
Desde la copa hasta el ala,
Y no lo quiero cosé
Hasta no ver en qué para.

Un pozo de agua es mi espejo
Y mi rancho es una mata,
Mi comida un merecure
Y mi delirio una vaca.

El uvero y el caruto
Son los frutos tempraneros
Con que sostienen la vida
Los infelices llaneros.

Si me dan licencia canto
Y si no, me estoy callao,
Considerando que me hallo
De mi libertad privao.

Cante, cante, compañero,
No le tenga miedo á náide,
Que en la copa del sombrero
Cargo la Virgen del Carmen.

Por ser la primera vez
Que yo en esta casa canto
Me hago en la frente la cruz
Para librarme de espanto.

Yo no sé si estoy errao
O la música me farta,
Porque estoy hecho á cantar
A són de bandola y arpa.

Dale duro á esa bandola
Que se acabe de quebrar,
Que palos hay en el monte
Y quien los sepa labrar.

El oficio é maraquero
Es oficio condenao;
Para todos hay asiento
Y el maraquero parao.

Yo tenía mis dos maracas
Y la una se me quebró;
Para alegrar un fandango
Qué más maraca que yo.

Con mi maraca en la mano
Me atrevo á correr el mundo,
Enamorando muchachas
Oficio de vagabundo.

Con mi maraca en la mano
Aquí estoy dando candela;
Y le hago tragar el medio
Con trapo y todo á cualquiera.

Cuando tengo el pecho claro
Hago lo que me da gana:
Si quiero, lo hago reló,
Y si no, lo haga campana.

¿Quién es ese cantador
Que canta en ese rincón,
Que sólo el rabo le falta
Para ser caballo andón?

Yo soy cantador de fama
Sin conocé el dicionario,
Entre la gente é mi tierra
Hago de Cura y Vicario.

Cantar bien ó cantar mal
Puede ser indiferente;
Pero estando entre la gente,
Cantar bien, ó no cantar.

El que me enseñó á cantar
Me enseñó lo que sabía,
Y me dijo: «vete al mundo
A lucí la cencia mía.»

Yo canto, pero no digo
El que me enseñó á cantar,
Y á manejar un machete,
Una lanza y un puñal.

Deste llano abajo vengo
En mi caballo melao
Atropellando cantores
Como atropellar ganao.

El que cantare conmigo
Ese sí que es grande empeño,
Porque tengo más colmillo
Que un caimán viejo apureño.

El que cantare conmigo
Apriétese los calzones,
No piense que va á comer
Arepa con chicharrones.

A mí mismo me da miedo
Cuando levanto el tañío,
Porque me hallo facultoso
Y dueño de mi albedrío.

Despiértese, compañero,
Despierte si está dormío,
Mire que voy á cantar
El galerón de corrío.

Señores, tengan presente,
Lo arvierto sin condición,
Ha de ser inteligente
El que me haga oposición.....

Supongo que sea un portento
El cantador que ha cantao,
Y por si acaso, le arvierto,
Que aquí me tiene á su lao.

Te llaman gallo de espuela,
Mas tu pluma no respeto,
Que yo he mandao á la escuela
A gallos de más talento.

He mandao yo á la escuela
A verdaderos cantores,
¿Qué no haré con este intruso,
Díganme ustedes, señores?

Díganme ustedes, señores,
Si no merece desprecio
Quien funda sus pretensiones
Sólo en palabras de necio.

Sólo en palabras de necio
No fundéis tu fama, digo,
Elige un tema de cencia
Si queréis cantar conmigo.

Es muy grande tu saber,
Por lo que me has dicho infiero;
Mas deseo que me adivines
¿Cuántos pelos tiene un cuero?

Ay, Jesús, María y José!
Que me has dejao confuso:
Los pelos que tiene un cuero
Fueron los que Dios le puso.

Al pie del arpa, y armados ambos cantadores, el úno, del tiple, y el ótro, de las maracas, se efectúan esos peregrinos torneos del ingenio.

Luce en esos cantares la viva imaginación del llanero, su altivez y su gracejo.

Después de un ligero receso, el baile continúa.

Arrendajo empuña las maracas, da la encintada guitarrita á *Turupial* y rompe en el estilo siguiente:

El terecay en el caño
Se encontró con la tortuga,
Y caminandito fueron
A nadar en la laguna.

La iguana y el mato de agua
Se fueron al Orinoco,
La iguana no volvió más,
Ni el mato de agua tampoco.

Le dijo el mono á la ardita
En la selva de Turén:
«Cuando le brinques á un palo
Me avisas, que yo también.»

Anoche á la media noche
Lloraba un garrapatero
Porque tocaban á misa
Y no encontraba el sombrero.

El cochino come mái
Cada uno tiene su antojo;
Y hasta las viejas les gusta
Cuando les pican el ojo.

Muchacha dile á tu madre
Que si quiere ser mi suegra;
Y verás si se lo dices
Cómo la vieja se alegra.

Si yo fuera gato negro,
Por tu ventana me entrara,
A ti te haría ñau, ñau
Y á tu madre la arañara.

Una vieja me dió un beso
Que me tiene enmabitao,
Porque los besos de vieja
Saben á cacho quemao.

Una vieja me dió un palo
Por enseñarme á rezar,
Cuando me tenía en el suelo:
¡Muchacho, por la señal!

Recójanme toas las viejas
Háganmelas un montón
Para darles chocolate
Con una mano é pilón.

Al Juez para una demanda
Llegué á Cabruta buscando,
Y el Secretario me dijo
Que andaba cachicameando.

El toro pita á la vaca,
El novillo se retira,
Como el novillo fue toro
La vaca siempre lo mira.

De la Soi-sola el cantar
El quiquiriquí del gallo,
Las notas del pavo real
Y el relincho del caballo.

El cantar á quien no paga
Es majar en hierro frío,
Echarle ayudas á un muerto
Y levantar á un tullío.

Al que te pidiere dale
Que tendrá necesidad;
El que tiene se le acaba
Y el que no tiene tendrá.

Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté;
Que muchos desde el estribo
Se suelen quedar á pie.

Todo el que tiene dinero
Tiene la sangre liviana,
Aunque su padre sea un tigre
Y su madre una caimana.

Hombre pobre no enamora,
La razón lo está diciendo;
El que no tiene qué dar
Mal puede llegar pidiendo.

Hombre pobre enamorao
Es gallo tuerto sin cola,
Que le dan un aletazo
Y queda ciego de bola.

¿Qué te puede dar un pobre
Aunque mucho te quisiera?
Cariños y merecures
Y guayabas sabaneras.

Si por pobre me desprecias
Digo que tienes razón;
Que hombre pobre y leña verde
No calientan el fogón.

Mujeres jilen y cosan,
No se atengan á los hombres,
Que el que no tiene camisa
No puede dar camisones.

Ninguna que sea bonita
Se atenga á su bonitura;
Aténgase á su dedal
Y su canasto é costura.

Estas muchachas de ahora
Yo te diré cómo son;
Alegres para un fandango
Y tristes para un fogón.

Quesero que vende queso
Sin que á su amo le aproveche,
Y de pobre pasa á rico,
¿De dónde sale esa leche?

Si ves que entierran los muertos
No creas que es por cosa fina,
Es porque la sociedá
No aguanta la jedentina.

Cuando un blanco está comiendo
Con un negro en compañía,
O el blanco le debe al negro
O es del negro la comía.

Me puse á bañar un negro
A ver que color cogía;
Cuanta más agua le echaba
Más mojoso se ponía.

La mujer que por locura
Tiene un negro por amante,
Aunque el sol esté radiante
Siempre ve la casa oscura.

Si porque quiero una negra
Todo el mundo lo murmura,
Quiera cada uno su blanca
Que yo quiero mi zamura.

Tuve queriendo una negra
Un verano y un invierno,
Y me parece que tuve
Diez años en el infierno.

Obsérvase en estas coplas la travesura, el sentido práctico y la suspicacia naturales en el hijo de las llanuras.

El entusiasmo es general.

Todos celebran el talento de los cantadores.

Turupial toma de nuevo el tiple y entrega las maracas al compañero.

Estos instrumentos les son familiares á ambos.

Arrendajo tuerce la cabeza á un lado; enarca los brazos á la altura de la cabeza, y con un movimiento rápido agita las maracas, cual si estuviera poseído de una fuerte convulsión.

Turupial se acomoda y anuda las puntas al pañuelo de colores chillones que lleva al cuello; registra el discante de una manera nerviosa; fija la vista al suelo como buscando inspiración, y, tras prolongado *leco*—canta:

El hombre que se casare
Con una mujer bonita,
Hasta que no llega á vieja
El miedo no se le quita.

La mujer que tuvo amores
No sirve para casada,
Pues de la gloria pasada
Le quedan los borradores.

El que bebe agua en tapara
Y se casa en tierra ajena,
No sabe si el agua es clara
Ni si la mujer es buena.

Se cayó la Magdalena,
La misma Virgen María,
Todas las mujeres tienen
Su resfalón de cotiza.

Las mujeres son el diablo
Parientes de Lucifer,
Se visten por la cabeza
Se desnudan por los pies.

No hay mujer que no se enoje
Cuando le dicen que es fea,
La mujer, como la mula
Si no recula patea.

Al limón cortarle el agrio
Al agrio la fortaleza,
A las mujeres no crele
Porque no tienen firmeza.

Ayer pasé por tu casa
Y hallé la casa sin gente;
Las gallinas se reyeron
Y el gallo arrugó la frente.

Si tu marido es celoso
Echale un güeso en el plato,
Que mientras lo esté ruñendo
Conversaremos un rato.

Carga la mortaja en lanca
Más atrás la mosquitá
Y la sepoltura abierta
El que ame mujé casá.

Me dijiste que eras firme
Como la palma en desierto;
Si la palma fuera firme
No la tremolara el viento.

Si te vas y no me olvidas
No me dejes de querer,
Que como quede me encuentras
Si se te ocurre volver.

El amor que te tenía
Era poco y qué sé yo
Lo puse en una ramita
Y el viento se lo llevó.

Si te preguntan por mí
No digas que me mataron,
Dile que toos mis amores
Por un viejo me olvidaron

No digas que no me quieres
Dí más bien que me olvidate,
Que todo mi amor con eso,
Traidora, recompensate.

Me quisiste, yo te quise,
Me olvidate, te olvidé,
Te pagate de tu gusto
Y yo también me pagué.

Cuando las mujeres quieren
Náide las puede atajar,
Porque esas no son caballos
Que resisten un bozal.

El cura que me casó
Me dijo en el altosano:
Ahí te entrego ese animal
En figura de cristiano.

Todo ese trabajo tiene
El que se casa con fea;
Que no la puede sacar
Donde la gente la vea.

Que no la puede sacar
Donde la gente la vea;
Porque todos le preguntan:
¿De onde sacó ésa hicotea?

Qué triste que está la luna
Y el lucero en su compaña;
Qué lucido queda un hombre
Cuando una mujer lo engaña.

A mí no me aruña gato,
Ratón no ruñe mi queso,
Mujer no juega conmigo,
Hombre..... no venga con eso.

El hombre para ser hombre
Tres cosas ha de tener:
Buen caballo, buena silla
Y una zamba á quien querer.

El que se va de este mundo
Sin querer á una llanera,
No tiene perdón de Dios
Y el mismo Diablo lo espera!

El joropo había llegado á su apogeo.

El entusiasmo era delirante.

Y entre una nube de polvo, se oía un zapateo general.

Las mujeres, sudorosas, resollando grueso, entornaban los ojos y dejaban balancear las caderas.

El arpista «se dormía en los bordones;» se

César A. Pinto

sentía la convulsión del maraquero; el tiple parecía agitado por una tremolina, y por encima de todo, dominando el conjunto, las voces cantantes de *Turupial* y *Arrendajo*, alternativamente.

Aquello era como una cascada de coplas en que se manifestaba el ingenio del trovador sabanero.

Pero á pesar de todo, la nota típica de estos últimos cantares es un escepticismo irónico, un humorismo punzante, y una marcada desconfianza de las hijas de Eva.

Y es de advertir que las hembras llaneras son leales, apasionadas y hermosas; y se rinden al amor, y no al dinero.

Mas nunca influyó el romanticismo en la musa llanera, como lo indica la popularísima copla que sigue:

Del toro la vuelta al cacho,
Del caballo la carrera,
De las muchachas bonitas
La cincha y la gurupera.

Poca ó ninguna galantería hay en los cantares llaneros para con la mujer, y es que el habitador de la pampa coloca por encima del de aquélla su grande amor al compañero inseparable de sus luchas: el Caballo!

Hé aquí una copla que confirma lo dicho:

Mi caballo y mi mujer
Se me murieron á un tiempo;
Mi mujer, Dios la perdone,
Mi caballo es lo que siento. (1)

Con cuánta razón y elocuencia dijo el doctor Arístides Rojas, á quien las letras patrias nunca llorarán bastante:

«Si el héroe de la pampa es digno de ser cantado, el corazón de la mujer sabe también recompensar la gloria. Los antiguos vencedores del Circo romano no han desapa-

---

(1) Esta copla,-como observa el doctor Rojas,-es española, pero el cantor llanero la ha aceptado por encontrarla de acuerdo con sus ideas.

recido. En el *Cancionero Venezolano* los héroes de la pampa son aquéllos que han sabido conquistarla, y bien merecen ellos ser cantados por la musa popular al són de los discantes y de las maracas indígenas.

«Los antiguos aborígenes que en ella vivieron, no supieron aprovecharla. Carecieron del caballo, alma del llanero y del gaucho. Si en el Cancionero español el amor es imán, en el *Cancionero Venezolano* el imán es el valor. El llanero es más belicoso que amoroso, más retraído que sociable. El corazón de la mujer sabe también soñar con esas exhalaciones de la llanura en que jinete y caballo parece que se rinden ante la beldad querida, y desaparecen en el ardor de la pelea, para tornar sonreídos y agraciados después de haber sido fiel imagen de los antiguos Hypántropos, escaladores del Olimpo. El caballo está siempre en primer término, el caballo que es para el llanero el escudo de Marte.»

Y en ello revela el llanero un egoísmo atávico.

El estado social de los aborígenes era muy imperfecto, como fruto de su profunda ignorancia.

En tal sociedad el hombre, sin instituciones políticas y civiles que lo sujetaran, sólo cuidaba de satisfacer sus propias pasiones; la mujer fue siempre esclava del hombre, y el amor y la religión jamás tuvieron culto.

Y de ahí, sin duda, el poco amor del llanero á la mujer y su grande inclinación al caballo.

Esto último se explica, sobre todo, porque, como afirma un escritor español: «en el caballo se hallan juntas todas las buenas cualidades que en los demás animales repartió la naturaleza, que nos alegra con su belleza, nos admira con su vivo instinto y nos honra con sus hechos.»

«Si era desconocido el caballo en el Nuevo Mundo,—dice Mounier,—cuando el descubrimiento de este continente, los trabajos de M. Lund nos prueban que ha existido allí antes de la época diluviana.» (1)

---

(1) Víctor Mounier. — *Los antepasados de Adán.*— (*Historia del hombre fósil*).

¿Y después de esa época no pisaría el gallardo bruto el suelo de América, país propicio por sus inmensas pampas abundantes de pasto para que existiera en estado salvaje?.....

Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que en el segundo viaje de Cristóbal Colón, pudieron las tribus americanas contemplar con terror supersticioso á aquel animal cuya ligereza era superior á sus piernas y que tánto daño les causó, como auxiliar del español, en sus combates de la conquista.

Creyeron los sencillos indígenas que caballo y jinete eran un solo animal, es decir, verdaderos Centauros!

Pero después que los indios poseyeron el caballo, no pasaron dos centurias sin que estos pueblos nómades se transformaran en pueblos pastores.

Y es que el caballo *ha sido, es y será siempre un instrumento de civilización para el hombre*, según la opinión de un autorizado escritor.

Recorriendo la historia se puede ver fácilmente, que no hay pueblo desde la más remota antigüedad que no haya rendido homenaje al caballo.

Los guerreros le tributan honores y la tradición lo ha hecho objeto de multitud de leyendas.

Pegaso, el alado caballo mitológico, representa la Poesía.

Homero y Virgilio, respectivamente, cantaron el caballo de Aquiles y el de Etón.

Cervantes hizo célebre á *Rocinante*, el sufrido y sin par caballo de Don Quijote, hasta el punto que no es posible concebir al Caballero de la Triste Figura sino sobre el inseparable compañero de sus estupendas aventuras.

Allá en Asia, cuna de la civilización, el caballo es símbolo de triunfo; y en Africa, de donde es originario, el busto de este noble animal representa á la opulenta urbe de Cartago.

Alejandro construyó otra ciudad, Bucefalía, en honor de *Bucéfalo;* Julio César le erigió una estatua á su corcel; Calígula nom-

bró cónsul al suyo; la historia le consagra una página á *Babieca*, el famoso caballo del Cid; y es fama que *Copenhagen*, el favorito de batalla del duque de Wellington, fue enterrado con honores militares y en magnífica sepultura!

A un caballo, ofrecido por Rondón, el bravo lancero del Alto-llano, debió el Gran Bolívar, su salvación en el desgraciado hecho de armas del Rincón de los Toros; y nada tan singular cómo aquella proclama de Páez á sus valientes compañeros, excitándolos á tomar terrible venganza, al contemplar muerto su caballo en una de esas refriegas con el español!

De una valiente poesía dirigida por el Mariscal Falcón, el ínclito fundador de la Federación Venezolana, á su caballo de batalla, copio las siguientes estrofas; y siento no trascribirla entera, por ser ella digna del soldado-poeta y del grande amigo que se la inspiró:

Vèn, mi noble corcel, fiel compañero
En la ruda fatiga y los combates;

Tú, que al sonido del clarín guerrero
La crin erizas y la tierra bates:
.....

Y á la muerte, al combate volaremos,
Apellidando guerra á los tiranos,
Y con sangre y dolor consagraremos
De la patria los fueros soberanos.

Que en el suelo inmortal de heroica gente,
No podrá dominar tirano impuro,
Mientras el sol alumbre nuestra frente,
El sol del indomable Guaicaipuro

Mas si permite el Sér que al orbe alienta
Que alce aquí su pendón la tiranía,
Esta tierra de luz que nos sustenta
Reguemos con tu sangre y con la mía
.....

Gran previsión demostró Mahoma al imponer á su pueblo como precepto el amor al caballo.

Hé aquí cómo explicó el reformador árabe el origen de este utilísimo animal:

«Cuando Dios quizo crear el caballo, llamó al viento del Sur y le habló así: «*Yo quiero hacer de ti una nueva criatura; deja de ser impalpable, y toma la forma de un cuerpo sólido, y el viento obedeció.*» Entonces Dios cogió un puñado de esta materia hecha sólida y la animó con su aliento. Así fué producido el caballo, y el Señor dijo: «*Tú serás para el hombre origen de placeres y de riquezas: montará sobre tu dorso, y te cuidará con preferencia á todos los demás animales.*»

¿Conocería el llanero esta preciosa leyenda del fundador del Islamismo?.....

Pero nada tan bello y significativo como el corcel que figura en el escudo nacional, cual símbolo de nuestra independencia y libertad.

Al caballo heráldico de Venezuela ha dedicado don Felipe Tejera este hermoso soneto:

Cruza errante en la pampa muda y sola;
Mas, si rompe en insólita carrera,
Ciñe del triunfo la imperial cimera
O por la santa libertad se inmola.

El fulgor de la pólvora arrebola
Su altiva faz que en la batalla impera,
Su casco es huracán, su crin bandera,
Humo su aliento y tempestad su cola.

Tal de la fama que el Olimpo vuela
Las áureas trompas resonar escucho,
Tal de la lira el apolíneo verso.

¡Paz y gloria al corcel de Venezuela
Que en *Junín*, *Carabobo y Ayacucho*
Libertó la mitad del Universo!

Al dar cima á este humilde trabajo sobre el Llanero, repito con Bolet Peraza: ya es tiempo de poner en la lira nacional ese sencillo poema de la naturaleza, con la más original y fiel de sus criaturas!

APÉNDICES

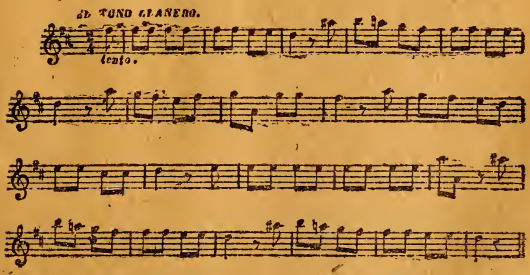
—

SUMARIO.—El tono llanero. — A la tierra y al hombre.—Los llaneros.—Canto del llanero.

—

Como nota característica de la música popular de los llanos, coloco aquí el

TONO LLANERO



A LA TIERRA Y AL HOMBRE

—

Canta con amor filial en *Silva criolla* el joven poeta Francisco Lazo Martí las bellezas de la Pampa; y como muestra de su inspirado canto, copio las siguientes estrofas:

Ven de nuevo á tus pampas. Abandona
El brumoso horizonte
Que de apiñadas cumbres se corona.
Lejos del ígneo monte
Ven á colgar tu tienda; ven felice,
Ven á dormir en calma tus quebrantos;
Y sea de nuevo la fulgente zona
La que derrame luz sobre tus cantos.

Guárdate de las cumbres!.....
Colosales, enhiestas y sombrías
Las montañas, serán eternamente
La brumosa pantalla de tus días!

Deja para otra gente
El placer de mirar picos abruptos;
Y ven á contemplar desde el ocaso
Hasta el fúlgido oriente,
La línea, el ancho lote, siempre á raso,
De la tierra natal.....
Ah! De las cumbres
Baja la nieve á entumecer las almas:
Las almas que han soñado en el desierto
A la rebelde sombra de las palmas
Y bajo el cielo azul, claro y abierto!

***

LOS LLANEROS

—

De una hermosa y sentida composición, así titulada, de Delfín Aurelio Aguilera, inteligente escritor y poeta nacido bajo el sol de las llanuras, trascribo la parte final en que saluda entusiasmado la tierra nativa:

¡La sabana! la pampa! la llanura!
Oh! patria! oh! tierra! oh! cuna del llanero!
Tu sin rival y espléndida hermosura
Se roba todo nuestro amor primero!
Por gozar de la luz hermosa y pura
Con que ardiente te baña el sol de enero,
Por dormir á la sombra de tus palmas,
Suelo generador de grandes almas,
Se puede despreciar al mundo entero!

Fuera de ti no hay nada
Para el hijo que te ama con delirio;
No poderte besar con la mirada,
Es para un hijo tuyo, tierra amada,
La más horrible forma del martirio.
Con nacer en tu suelo el hombre es libre
Como el viento que corre en tus praderas;
Jamás los hijos de tu heroico suelo
Inclinaron sus frentes altaneras
Ni ante el mandato del airado cielo!

Cuando el León de España
La fuerte garra—que respeta el orbe—
Quiso clavar en ti, tierra querida,
Por conservarte libre dió la vida
El llanero, que ardiendo en fiera saña
Se lanzó á la batalla enfurecido.

¡Cómo pasmóse el mundo á cada hazaña
De tus bravos, soberbios paladines,
Que en rápida carrera atravesaron
De lo humano y posible los confines,
Para escribir tu historia
En las páginas mismas de la gloria.

¡Cómo no amarte tanto
Si al contemplar tu espléndida hermosura
Y el mágico verdor de la llanura
Se llena el alma de inefable encanto!

No hay dicha igual á contemplar tu suelo
Como sábana inmensa de esmeralda,
Cuando se oculta en un rincón del cielo
El regio sol entre volcán de gualda!

¡Dulce tierra de amor, donde la vida
Rueda apacible con risueño encanto,
Y donde todo á la quietud convida
Y á los placeres del cariño santo:
Amarte tanto y verte entre cadenas
De extraño dueño, esclava envilecida,
Oh! primero la sangre de las venas
Gota á gota se pierda con la vida!

***

EL CANTO DEL LLANERO

—

Como preciado broche para cerrar mi humilde libro, reproduzco esta bella poesía de nuestro dulce y malogrado Domingo Ramón Hernández, en la que el ilustre bardo cantó la vida libre del altivo hijo de las llanuras:

Del sol el disco ardoroso
Al occidente tocaba,
Cuando tranquilo y gozoso
Así un llanero cantaba
Sobre su alazán brïoso.
—Con mi lanza y mi caballo
Feliz vivo en este suelo,
Ostente ó no ostente el cielo
Su brillante resplandor;

Nací libre, y eso basta
Para gozar la ventura,
Que mi reino es la llanura
Y mi código el valor.

¿Qué importa que mano extraña
Ose ultrajar mi bandera?
Sabrá la gente extranjera
Todo el rigor de mi ley;
Y si al fin un rey su trono
Fijar en mi patria alcanza,
En la punta de mi lanza
Sacaré del trono al rey.

Mientras alegre así viva,
Beba el rico en copa de oro,
Que yo en el cuerno de un toro
Más tranquilo beberé;
Y al par que él guste manjares,
Yo una sabrosa ternera
Junto á una zamba llanera
Más gozoso comeré.

Vista seda el ciudadano
Y el oro en su traje ostente
Que eso le es indiferente
Al llanero en su vivir;

Que al tumbar un bravo toro
Desde su alazán triunfante,
Seda ni oro en tal instante
Pueden con él competir.

Y al llanero, ¿qué le importa
No pasar noches enteras
En gritos y borracheras
Que llaman felicidad?
¿Ni bajo techos de cedro
Pasar regalada vida,
Si allí no hay dicha cumplida
Ni completa libertad?

Mi ambición es vagar libre
Por este anchuroso suelo,
Ostente ó no ostente el cielo
Su brillante resplandor;
Que he nacido independiente
Para gozar la ventura,
Y es mi reino la llanura
Y mi código el valor.—

Calló el llanero, y gozoso
Se fue aguijando el caballo

Del astro rey fulguroso
Ante la postrera luz;
Mientra á su espalda á lo lejos,
Llena, sin sombra ninguna,
Su faz alzaba la luna
Por el horizonte azul.

***

VOCABULARIO

DE LOS PROVINCIALISMOS QUE FIGURAN EN ESTA OBRA

—

ALBARICO.—(*Bactris setulosa*). Palmera.

APUREÑO.—El natural del Estado ó del Río Apure, ó lo perteneciente á ellos.

ARDITA.—Ardilla.

ARRENDAJO.—(*Icterus persicus*). Ave de hermoso canto, que tiene la particularidad de imitar el de todos los animales.

ARRISTRANCO.—Retranca ó ataharre.

BANCO.—Terreno que se eleva á pocos pies sobre el nivel de las llanuras.

BANDOLA.—Especie de mandador de cabo corto y con la correa llena de nudos. (Véase *mandador*).

BARREAR.—Tumbar una res y amarrarla por las cuatro patas de modo que éstas queden juntas.

BECERRERO.—Muchacho encargado de los becerros.

BOLA.—(*de*). Completamente, de remate.

BOLEREAR.—Caer sobre un caballo en pelo con la cara hacia atrás y colearlo.

BONGO.—Especie de embarcación. || Conjunto de víveres para detallar por los campos.

BONGUERO.—El que maneja ó el que comercia con un bongo. (Véase *bongo*). Los bongueros de la sabana cargan sus víveres en burros. Ese nombre le fué dado en el oriente del Guárico por don Miguel Méndez.

BOTE.—Especie de odre para vaciar leche. (Véase también la nota de la página 121).

BRINCOS.—(*Quitarle á uno los*). Aquietarlo.

BRUSCA.—(*Cassia occidentalis*). Las semillas tostadas de esta planta las toman en infu-

sión en algunas localidades para sustituir el café.

BURRO TUSERO.—Aplícase á la persona solapada.

BUTAQUE.—Especie de butaca forrada con cuero, pero más baja y con el respaldo echado hacia atrás.

CABRESTERO.—Peón, generalmente á caballo, que guía el ganado cantando en los pasos de río ó á través de la pampa.

CACHICAMEAR.—Coger cachicamos.

CAMAZA.—Fruto del *camacero* aserrado por la mitad. Es una variedad del *totumo* (*Crescentia cujete*).

CAMPECHANA.—Hamaca de cuero.

CANDELA.—(*Dar candela*). Dar que hacer.

CANEY.—Casa de techo pajizo para depósito de frutos etc.

CAPACHO.—(*Canna edulis*). Planta que produce las semillas con que se hacen las maracas. (Véase *maracas*).

CARIBE.—(*Cybium regale*). Pez sanguinario, más temido por el llanero que el caimán y el temblador; y desgraciado del hombre ó

del animal que atraviese un río teniendo en su cuerpo una úlcera ó pequeña incisión, porque una gota de sangre reuniría al momento millares de estos pequeños peces y le arrancarían la carne á pedazos.

CARPETA.— Especie de manta para torear.

CARUTO.—(*Genipa americana*). Fruta parecida al níspero, pero menos agradable.

CASCABEL.—Serpiente muy venenosa del género *Crotalus*, la cual tiene una especie de cascabel en el extremo de la cola.

CIMARRONERA.—Cimarronada.

COMEDERO.— Lugar donde pasta el ganado.

COQUIBACOA. —Nombre indígena del golfo de Maracaibo.

COTIZA.—Especie de calzado. (*Resbalón de*). Desliz.

COTONA.—Camisa interior corta y sin mangas.

CUAJERO. —Vasija donde se prepara el cuajo.

CUBO.—Mango de la lanza.

CHAPARRO.—Hay varias especies. Entre éstas, dos que producen una madera muy propia por su flexibilidad y resistencia

para azotar bestias. De ahí la frase: «á caballo cansado, chaparro nuevo.»

DESMOSTRENCAR.—Apartar los becerros de las madres para organizar las queseras.

DESTOCONAR.—Recortar los cuernos del toro.

ENJALMA.—(*Carapacho de*). Parte principal de tal aparejo.

ENMABITADO.—(*Estar uno*). Estar en desgracia.

ESCOBERO.—Escobar.

ESTERO.—En el Llano, sitio bajo ú hondo donde se estancan las aguas procedentes de las lluvias ó del desbordamiento de los ríos.

FRANELA.—Almilla.

FRUTA DE BURRO. — (*Xilopia grandifolia*). Planta medicinal.

GALERÓN.—Jácara ó romance.

GARRAPATERO.—(*Crotophaga ani*). Pequeño pájaro que se mantiene constantemente sobre el lomo de los animales que están paciendo y los limpia de las garrapatas que tienen en el cuerpo, haciendo de éstas su principal alimento.

GARRASÍ.—Es el calzón del llanero. Abierto

abajo hacia los costados termina en dos puntas que parecen *garras;* y de ahí que los llamen también *Uña de pavo.* Antes se usaba con botonadura hasta el jarrete.

GUARDABASTO.—Gualdrapa.

GUARIQUEÑO.—El natural del Estado Guárico, y lo perteneciente á éste.

GUAYUCO.—Pampanilla ó taparrabo.

HICO.—Cuerda con que se cuelga la hamaca.

HICOTEA.—(*Chelys fimbriata*). Reptil del orden de las tortugas.

HIERRA.—(*La*). Operación de herrar los animales.

HIERRO.—(*Cachapear un*). Desfigurarlo con un fin malicioso. || (*Encerrar un*). Circunvalar con cuatro marcas iguales del legítimo dueño la que se le había puesto maliciosamente al animal; quedando así demostrado públicamente el robo.

JEJÉN.—(*Simulia sp.*) Insecto del orden de los dípteros.

JOROPO.—Baile nacional á modo de fandango.

JUNTA.—Reunión de bestias en rodeo.

LANCA.—El anca.

LANZA.—(*Ser una en lo oscuro*). Ser hombre peligroso á quien hay que ver con cuidado.

LECO.—Eco.

LEVANTE.—Partida de ganado caballar ó vacuno que se espanta para conducirla á determinado lugar.

LIQUILIQUI.—Especie de blusa.

LLANO. (*El*)—Por extensión, las llanuras.

MACHETE.—Espada.

MADRINA.—Grupo de ganado manso, caballar ó vacuno, que se emplea para conducir el cerril; ó toda partida que se conduce de uno á otro lugar.

MALUCO.—Lo que no es bueno.

MANDADOR.—Instrumento que sirve para azotar, y que es un cabo de madera como de una vara de largo con un agujero en uno de sus extremos, por el cual se introduce una correa de igual longitud que aquél.

MANDINGA.—Diablo.

MANGA.—Corral largo y estrecho que se hace á orillas de las lagunas para coger el

ganado, ó en los pasos de los ríos para tirarlo al agua.

MARACA.—Instrumento indígena que se hace con el fruto seco del *totumo*, el cual se horada por sus extremos, se le extrae la pulpa y se le introducen semillas de *capacho* y un mango de madera que sirve para agitarlo.

MARAQUERO.—El que toca las maracas.

MAUTE.—Becerro de uno á dos años.

MEDIO.—(*Tragarse uno el con trapo y todo*). —Aceptar una cosa por sorpresa.

MERECURE.—(*Couepia sp.*) Arbol que produce una fruta del tamaño de un níspero, de olor agradable y sabor dulce.

MOCHO.—Caballería mala ó con alguna oreja cortada ó sin ella.

O ME DA LA YEGUA, Ó LE MATO EL POTRO.—Por fas ó por nefas.

PADROTE.—Caballo ó toro reproductor.

PALMARITAL.—Palmar.

PALMAROTE.—Tipo en el cual encarnó con propiedad y gracejo el ingenioso escritor calaboceño Daniel Mendoza en sus escritos

UN LLANERO EN LA CAPITAL Y PALMAROTE EN SAN FERNANDO, al habitante de la pampa apureña.

PARADA.—Pareja de jinetes apostados de distancia en distancia para conducir las bestias cimarronas á las juntas.

PATIO.—(*Quedarse uno con el*). Adueñarse de la situación.

PAVITA.—(*Syrnium virgatum*). Familia de las corujas. Ave de canto triste, la cual, según el vulgo, es siempre mensajera de desgracias.

PICAR.—Arrear el ganado para el corral.

PICHERO.—Leche fermentada.

PUYÓN.—(*Myrmica sp.*) Insecto del orden de los himenópteros.

RABO.—(*Pasarle á uno el*). Lisonjearle.

RAÍZ DE MATO.—(*Aristolochia barbata*). Planta medicinal. Le viene el nombre de que el reptil llamado *mato* se revuelca sobre dicha planta para neutralizar el veneno de las mordeduras cuando combate con alguna serpiente. (Véase *mato*).

RAYA.—(*Trygon hystrix*). Pez de forma cir-

cular que se mantiene siempre escondido debajo del fango ó la arena en los ríos, caños y lagunas del Llano. Tiene una fuerte púa en la punta de la cola y con ella hiere, al pisársela, produciendo agudísimos dolores. Hay dos especies, y una de ellas tiene hasta tres púas en la cola.

REJO.—Cuerda con que se ata el becerro á la pierna de la vaca mientras ésta se ordeña.

RIENDAS.—(*Poner á uno de dos*). Hacerle doblar la cerviz.

SABLISTA.—(*Ser un*). Ser un caballero de industria.

SALTONES.—Gusanos que le salen al queso.

SEBO.—(*Conocer uno el de su ganado*). Perfecto conocimiento de una persona ó de los habitantes de un lugar.

SOY-SOLA.—(*Crypturus sp.*) Ave que en su canto triste pronuncia la voz que le da el nombre.

TANTAS MUELAS.—Taimado.

TAÑÍO.—(*Levantar el*). Levantar la voz.

TAPAOJOS.—Especie de visera adherida á la cabezada ó bozal para cubrir los ojos á

las caballerías cerriles ó espantadizas, en el acto de montar ó desmontarse.

TEMBLADOR.—(*Gymnotos electricus*). Curiosa anguila que ataca al hombre y los animales con sus descargas eléctricas en las lagunas, aguasales y ríos, produciéndoles entorpecimiento de resulta del cual se ahogan.

TERECAY.—(*Podocnemys tracaxa*). Especie de tortuga pequeña.

TOPONAZO.—Topetada ó topetón.

TORCIDO.—Especie de chicote.

TOTUMO ó TAPARO.—(*Orescentia cujete*). Arbol que produce las taparas ó calabazas.

TRANQUERO.—Especie de jambas ó maderos verticales con varios agujeros por los cuales se introducen trancas horizontales y sirven de puertas á los corrales y cercas de campos.

TROJA.—Troj ó troje.

TRONCE.—Tronzo.

UÑA DE PAVO.—(Véase *garrasí*).

UVERO.—(*Cocoloba caracasana*). Planta me-

dicinal. Su fruta es algo dulce y astringente.

ZAMORANO.—El natural del Estado Zamora ó lo perteneciente á éste.

ZAMURO.—(*Catharistes atratus*). Cuervo indolente, voraz y de olor repugnante, que prefiere para alimentarse la carne corrompida y los excrementos, haciendo en ello un gran servicio á la higiene.

NOTA.—*Barroso, Borcelano y Encerado* son colores del ganado vacuno cuya explicación resultaría algo confusa.

ÍNDICE

PÁGINAS

Dedicatoria..... 5
Prólogo..... 9

INTRODUCCION

SUMARIO.—Escritores y poetas.—Bolet Peraza. Las tres zonas.—Cristóbal Rodríguez.—La gran zona de los pastos.—Dos épocas..... 17

LIBRO I

LLANO ANTIGUO

SUMARIO.—Los hatos.—La habitación.—Vida del llanero.—Las vaquerías.—Los caballos.—El vestido.—Habilidad del llanero.—Costumbres.—Las bestias alzadas.—Gimnasia.—Los ordeñadores.—El mayordomo.—Peligros.—Hechos extraordinarios.—Lanceros insignes. El llanero y la guerra.—Heroísmo y miseria 27

LIBRO II

LLANO MODERNO

SUMARIO.—Modificación. — Los bongueros.—El nuevo ordeñador. — Coplas. — Desmoraliza-

PÁGINAS

ción.—Las cimarroneras.—Trabajos.—Indumentaria.—La casa de Palmarote.—Botiquín de campaña.—El café.—Procedimiento original..... 71

LIBRO III

CARÁCTER DEL LLANERO

SUMARIO.—Procedencia.—Fisonomía.—Facultades físicas.—Pasiones.—Hospitalidad.—El llanero y el gaucho.—Rozas y el general Páez.—Estancación.—Necesidades.—Rutina.—El ganado y sus productos.—Marcas.—El oído y la vista del llanero.—Su retentiva.—Los animales y las estaciones.—Trato del llanero.—Su lenguaje y sus ocurrencias..... 93

LIBRO IV

POESÍA DEL LLANERO

SUMARIO.—Afición del llanero á la música y el canto.—Carácter peculiar de su música y su poesía.—Facilidad para improvisar.—Opinión de Vergara y Vergara.—El doctor Arístides Rojas y la poesía popular venezolana.—Romances y coplas.—Amor del llanero al caballo.—El caballo en la historia, la poesía y la fábula.—El caballo heráldico.—Deseos del autor..... 133

APÉNDICES

SUMARIO.—El tono llanero.—A la tierra y al hombre.—Los llaneros.—Canto del llanero.— 185

VOCABULARIO..... 195

ERRATA

—

Página 28, última línea, DICE: «de aquél á la vista del desierto ilimitado.» LÉASE: «de aquél, á la vista, desierto ilimitado.»

Página 60, segunda línea, DICE: «Carvajal.» LÉASE: «Carbajal.»

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
APR 0 1 1988			
APR 15 '88			
FEB 4 '91			
Form No. 513, Rev. 1/84			

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032432252